PAGINAS



CADA **MINOS**
ES UN VIAJE MAGNIFICO
POR LAS SENDAS DE LA
INVENCION LITERARIA

PAGINAS

Alberto Masferrer



3104

POESIA

EDITORIAL CLASICOS ROXSIL

ISBN 84-89541-92-2

Primera Edición

Editorial Clásicos Roxsil, 1996

Diseño de portada:

José L. López

HECHO EL DEPOSITO LEGAL

DEL ARTICULO 15 DE LA LEY DEL LIBRO

Clásicos Roxsil

NOMBRE REGISTRADO

4ª Av. Sur Nº 2–3

Santa Tecla, El Salvador, C. A.

PRESENTACION

A más de un siglo de la primera y la segunda, sale de nuevo a la luz la tercera edición de PAGINAS, escrita a finales de la centuria pasada. Un solo indicio nos señala el posible año de la segunda edición: el autógrafo que le dedicó su autor, Don Alberto Masferrer, al doctor Abraham Chavarría, el 19 de junio de 1895.

Esta obra, como la PROSA LIRICA, no tiene una unidad temática; sin embargo, pone al descubierto la indiscutible presencia de un Alberto Masferrer autodidacto que supo reducir a un sistema todo el producto de su incansable espíritu de lector y de su penetrante capacidad de análisis de la realidad de su época.

Como lector, y así lo cataloga Arturo Ambrogi, aprovechó todo lo bueno de los libros

que llegaron a sus manos —experiencia que él mismo reconoció— y supo, en una original labor de decantación, poner su contenido dentro del marco que él inicialmente diseñó: la cuestión social y la cuestión moral, temas que trató con estilo tan suyo, durante su vida toda.

Modesto corrector de pruebas en la imprenta nacional, de 1891 a 1893, muy posiblemente encontró ahí la oportunidad para que se le imprimiera la obra que hoy se presenta.

El libro, estructuralmente hablando, está dividido en tres partes. La primera está dedicada a las Letras. En ella, Masferrer pone su acento en la importancia que tiene la literatura para la vida cultural de los pueblos. Para el nuestro, según su criterio, es bueno acudir a la experiencia literaria de los países avanzados —y entre ellos pone a Francia—; tomar de allá lo que no estorbe a la propia

creatividad, siempre que le dé cuerpo y consistencia y, a partir de allí, lanzarse al vuelo libre que impulse la propia inspiración.

Defensor inclaudicable del idioma, difícil de dominar como él mismo lo reconoce, aconseja que se lea a los clásicos de nuestra lengua. Por eso destaca la figura cimera de Zorrilla.

Está contra el enclaustramiento en las escuelas y contra todo lo que sea obstáculo para la pura expresión del espíritu.

Abomina del afrancesamiento y de la imitación servil. "Tenemos las ideas; dice, réstanos ahora inquirir con qué ropaje hemos de presentarlas".

En la literatura, se confiesa partidario del eclecticismo; y reiterando el tema de las "ideas", para no perdernos en un bosque enmarcado de tendencias, dice:

"Ahí cerca está una fuente en que podremos

saciar la sed de ideas saludables y regeneradoras: el socialismo".

Se supone que no está sugiriendo una ideología política. Lo que sí desea destacar, es que en el problema social está el manantial de donde ha de beber quien haya de hacer literatura. Como ese problema está al alcance de la mano de escritores, poetas, periodistas e incluso del hombre común, la literatura, según Masferrer, debe estar al servicio, o al menos, debe estar inmersa en los problemas sociales.

Prueba de que se mantiene fuera de contaminaciones ideológicas, da estos testimonios:

"¡Poetas! vasos sagrados, relicarios en que se encierra todo lo noble y todo lo santo; altares en que se adora a Dios perpetuamente; urnas preciosas en que se contiene el bálsamo que cura todas las heridas; cristos que día a día se ofrecen en sacrificio por la redención de sus semejantes..."

Además de esta referencia a los poetas, hay otra que dedica a todos los que ejercen la noble tarea de escribir: periodistas, literatos, escritores:

"Llenad el cerebro hasta donde queráis, mas no dejéis vacío el corazón. Vosotros, escritores, vosotros más que nadie necesitáis de fe. Creyendo se descubren continentes, creyendo se mata la esclavitud, creyendo se conquista la libertad, creyendo se cuenta con Dios a toda hora, y contando con Dios se tiene seguro el vencimiento".

Con tanto elogio para los otros, Masferrer no tuvo indulgencia consigo mismo cuando en el libro se refiere a sus versos. En un gesto de sincera autocrítica, aún en consideración de que algunos de sus versos eran buenos, se olvidó de ellos y los dejó en su provincia para que de ellos gozaran sus coterráneos locales. Así fue de honesto, a sabiendas de que había otros con más gallardía y con más talento para expresar la belleza en sus poemas.

Cierra la primera parte del libro, con su bella prosa "La Gran Musa" que termina con estas líneas:

"Justicia es la musa de los genios; ella les inspira esas creaciones prodigiosas que sobrenadan en el océano del tiempo; ella templa los grandes corazones, las almas de acero en que fracasan todas las arremetidas del mal".

La segunda parte toma el título de FRAGMENTOS DE UN LIBRO. Esos fragmentos nunca llegaron a reunirse en el libro para verlo separado de PAGINAS. Seguramente era el apremio con que siempre escribía Masferrer, habituado a las exigencias del periodismo.

En esta parte se advierte la influencia de Juan Montalvo cuando rompe lanzas contra todas las lacras humanas, especialmente contra las perversidades de los déspotas, de los tiranos y de los jayanes que irrespetan la

delicadeza de las mujeres. Sin embargo, hay un momento en que Masferrer recoge el látigo y se pregunta.

"En efecto, ¿qué es la tiranía? Un resultado, un efecto. Su causa, el cieno latente de las agrupaciones humanas".

El origen, pues, lo encuentra en el rebajamiento de las costumbres de los pueblos, en su incuria y en su relajamiento moral. Los pueblos sin autoestima, sin orgullo, sin el concepto de su propia valía, están a merced de los hombres fuertes, de los "tiranos providenciales".

Los "fragmentos" se abren con una serie de pensamientos en donde Masferrer aparece como un "Júpiter tonante". De los vicios y las flaquezas que allí se tratan, nace la debilidad de los pueblos que caminan hacia la muerte. Esos son los que Masferrer juzga como los pueblos que viven de rodillas, pueblos esclavos, pueblos sin voz para gritar siquiera contra sus

amos. Airado, Masferrer monta en ira y se alza para culparlos:

"Repito: ¿hasta dónde son responsables estos desgraciados? Los congresos que los sancionan, los escritores que los ensalzan, los guerreros que los defienden, el pueblo, el pueblo todo que por aberración no derriba de un soplo a esos murciélagos que reinan: he ahí los autores, los únicos autores de su propia vergüenza y de su propia desventura".

Solamente "una revolución de principios, pura, regeneradora..." será capaz de poner a un pueblo en el pedestal de la libertad y del derecho.

La tercera parte del libro lleva por título MOSAICO. Aquí Masferrer cambia el tono que ha venido imprimiendo a sus pensamientos anteriores.

Hoy es la oportunidad para la elevación del sentimiento. Se expresa con tal profundidad, que llega hasta la ternura.

En estas páginas aparecen la tristeza, las dudas, la nostalgia y todas las experiencias vividas por Masferrer en sus cortos veinticinco años, edad que tenía en la época de ese libro.

Es la oportunidad para dedicar sentidas palabras a su benefactor nicaragüense, don Benito Ortíz; para exaltar la figura de la madre, para recordar al amigo, para perfilar la figura del padre, para poner en alto el candor de la niñez.

Se da fin a esta parte y a todo lo que hasta aquí se ha expresado, con el emocionado testimonio del autor de este libro:

"He nacido, he crecido, he abierto mi corazón a la luz, he soñado con la gloria, he luchado por la virtud; todo lo grande, todo lo santo ha tenido un pensamiento mío. El escudo embrazado, la espada en alto, puesto siempre a morir por las nobles causas. Bueno: mañana, cuando muera, los hombres me consagrarán

cuatro tonterías, y los gusanos se van a dar tal atracón que estoy temiendo vayan a morir todos indigestos".

Luis A. Aparicio

Noviembre 22 de 1996.

Páginas

LA LITERATURA EN EL SALVADOR

Ley muy sabia es la que impulsa a los pueblos a seguir el camino por donde los más adelantados llegaron a su perfeccionamiento. Si no fuera por esta valiosa herencia de las naciones y por los hermosos ejemplos provocadores de la emulación, andaría la humanidad con paso mal seguro, expuesta a no dar jamás con el verdadero progreso.

En arte, sobre todo, hay que imitar para adquirir el poder creador.

Nuestra literatura no puede menos que ser imitadora, y esto, en vez de acarrearle daño, la llevará, como se acompañe de la prudencia, al más alto grado de perfección. Así, lejos de rehusar las enseñanzas extrañas, busquen las Letras salvadoreñas las huellas de los hombres y de los pueblos que más saben, que no es para ser despreciada la cosecha recogida a costa de tantos trabajos.

Sea cual fuere la causa, es verdad que la Francia parece haber recibido de la

Providencia el cometido de guiar a las demás naciones: las ideas francesas, ya literarias, ya políticas o filosóficas, son los gérmenes que, bien o mal cultivados, producen inapreciables frutos o abrojos sin cuento. De allá vienen las atrayentes utopías, los delirios increíbles, las salvadoras enseñanzas y los ejemplos desconsoladores; y es cosa de admiración, que pueblo como ese, tan propenso a las ascenciones como a las caídas, se esté sirviendo de piloto al mundo, sin que nadie le dispute la supremacía. Ni Alemania por pensadora, ni Inglaterra por libre, tienen mano bastante fuerte para empuñar el pesado timón. No cabe explicar tal fenómeno, sino admitiendo que Francia es esencialmente artista, y por tanto, poseedora de una gran fuerza expansiva que obliga a todos los pueblos a sentir las palpitaciones de su corazón.

Empero, vayamos con tiento al reconocer la soberanía artística de la Francia, no sea que al prestar el debido homenaje, tiremos a un lado todo discernimiento y libertad y nos quedemos a imitadores serviles, incapaces de separar el trigo de la cizaña. Lo que debemos

reconocer, es la excelencia del eclecticismo literario en ideas, apropiándonos las que puedan servir a nuestros progresos intelectuales.

Si fuéramos bastante juiciosos para operar esta selección, nuestra literatura avanzaría con rapidez. Por desgracia no todos poseemos la necesaria prudencia, y frecuentemente tomamos cariño a lo que debiéramos rechazar, y escogemos por modelos, autores que un syllabus literario incluiría en el número de los prohibidos. Hugo nos parece utopista, Chateaubriand ortodoxo, Michelet oscuro, La Bruyere cansado. Lo que nos encanta, es atrofiarnos el corazón y la cabeza con la lectura de esos libros *"donde no falta una condesa que viva amancebada con su criado; ni Adriana de Cardoville que cierre la cortina sobre ella y su príncipe Djalma..... el héroe de la novela francesa, duerme de día, come y bebe de noche, hace pegas abominables a los maridos, tiene duelos y retos a la espada, pide prestado y hace milagros, se arruina, pierde su querida, se despecha, va y se vuela la tapa de los sesos."*

De la novela echo mano, porque hoy en día,

es la expresión más alta de la literatura y porque nuestras aficiones se van de preferencia tras ella. Por lo demás, si hay atrevimiento en lo dicho, de Montalvo es; pero yo sospecho que olvidó lo más repugnante, o más bien que no quiso hacer agravio a su pluma con la enumeración de tantas desvergüenzas.

¡Y esas obras son nuestro principal alimento literario!

*

Hemos tocado en una región de la literatura francesa, y el suelo tiembla bajo nuestros pies. Al alejarnos, sacudiremos el polvo de nuestras sandalias, temerosos de llevar con nosotros el contagio. ¿Pero adónde iremos? Ahí cerca está una fuente en que podremos saciar la sed de ideas saludables y regeneradoras: el socialismo.

Luchar contra todas las injusticias, declarar la guerra a la miseria y a la ignorancia, meter el hombro a las clases desheredadas, consagrar todo nuestro esfuerzo al triunfo de la verdad y

de la virtud; es noble consigna que debemos cumplir cuantos deseamos el mejoramiento de la humanidad. Considerado de esta manera, el socialismo es la más santa de las doctrinas: es el cristianismo en sus más avanzadas consecuencias. En este sentido, nuestra literatura debe ser socialista.

Pero yo estoy hablando de la literatura, como si en sus manos tuviera el destino del hombre. ¿Y por qué no? Del mismo modo que en el mundo material los organismos más perfectos suponen funciones más variadas y extensas, así en el mundo de la inteligencia quien posea medios más poderosos está llamado a funciones más elevadas, y mayor responsabilidad tendrá por el empleo que dé a sus facultades. La literatura, que es el pensamiento encarnado en el verbo, es, por esto mismo, superior a las demás artes, y superior a las ciencias, porque sin su ayuda no llenan debidamente su cometido; y he ahí por qué el escritor, sacerdote de esta nueva religión, debe hacer de su vida propaganda incesante con la palabra y el ejemplo en favor de la verdad y de la virtud.

*

Tenemos las ideas; réstanos ahora adquirir con qué ropaje hemos de presentarlas. ¿Pero hay acaso quien dude de que debemos hablar y escribir en nuestra propia lengua? Si no en teoría, en la práctica habemos muchos que lejos de procurar su mejoramiento, la echamos a perder con nuestra malhadada afición a las traducciones, a los periódicos de pacotilla y con el infundado desprecio que sentimos por los clásicos españoles. De ahí que sea tan difícil para los que vivimos en estos rincones, el conocimiento de nuestro idioma. *"Yo, que vivo zarandeándolo, no sé todavía cómo es"*, dice don Eusebio Blasco. Nosotros también lo zarandeamos, pero en el arnero se nos queda la basura en vez del grano limpio.

— Yo he leído mucho, me decía cierto periodista. ¿Y qué ha leído usted? — ¿Yo? Los Tres Mosqueteros, Graciella, Atala, Los Misterios de París, los de la India, los de Londres... ¡un mundo! Nada le contesté, pero a penetrar en mi pensamiento, cómo se hubiera él asustado al ver el profundo desdén con que yo acogía la raquítica enumeración de sus

lecturas. ¡El pobrete, alardeando de haber visto mucho, cuando yo que no salgo de mi modestia, conozco todo eso, con más cuarenta novelas de Dumas, cien de Montepin, todo Paul de Kock, sazonadas con unas cuantas obras españolas de las más afrancesadas!

Que los que nunca han pensado en tomar la pluma hagan tan extraño aprendizaje, no tan malo; pero no sufre disculpa en los escritores o en los que aspiran a serlo, ese gloriarse de conocer la literatura extranjera, si tanto como saben de ésta, ignoran de la propia.

*

Toda secta hace del pensamiento un esclavo. Afiliarse a una doctrina en cuerpo y alma, es temeridad impropia del hombre, a quien la verdad se le escapa como si se desdeñara de ser poseída por ente tan pequeño. Si cuando vivimos en atalaya incesante, tanto nos cuesta librarnos del error, ¿qué no será si, imprudentes, nos encasillamos en nuestras opiniones, dejando cerradas todas las sendas al convencimiento? ¿Y no es para temblar cuando pensamos que lo estimado como la

más alta doctrina puede a veces no ser sino una grosera ficción?

Desconfiar de nuestros alcances es el medio más seguro para no caer presos de nuestra enemiga la ignorancia; de otro modo, nos entregamos a ella atados de pies y manos por la vanidad y el orgullo.

El Romanticismo, el Naturalismo, todos los sistemas, a poco que se exageren, habrán degenerado en sectas. Entre nosotros está hoy en boga cierto desprecio por la poesía lírica. El mérito está en ser *objetivista,* siquiera la Naturaleza nos haya negado vocación y talento para ello.

¿A cuenta de qué proscribiremos lo íntimo, lo personal, si es espontáneo? Lo que debe aborrecerse, es lo afectado, lo antinatural; que malo es cuanto está fuera de la verdad, ya sea la expresión de afectos fingidos, ya la de ideas falsas o mal concebidas.

Necia y vana preocupación esta de querer que todos sientan y piensen del mismo modo. Lo que es bello, no lo es por estar ajustado a las prescripciones de una escuela cualquiera, como lo bueno no dejará de serlo aunque

nuestras ideas sobre el bien y el mal cambien o se modifiquen diariamente.

Estemos en lo cierto, confesando que el único sistema literario inadmisible, es el que atropella la moral o se enfrasca en las encrucijadas de lo inverosímil.

*

En la realización de toda grande empresa tiene parte importantísima la fe, allanadora de imposibles. El escepticismo es la nada; la nada no crea.

Los escritores, sobre todo, no sobresalen jamás sin la ayuda de ese auxiliar misterioso. Yo no encuentro gran novela, gran poema, en que la religión no figure. Si se trata de un moribundo, ahí aparece el sacerdote, abonando con sus preces al que luego estará en la terrible presencia de Dios; si de la madre que llora por el hijo perdido, María, que es madre amantísima, echará sobre ella una mirada de consuelo; si del hombre sacudido por los dolores más violentos, presto le vemos tratando de recordar las oraciones que de niño

recitaba con su voz balbuciente. ¿Y cómo los que deben todos sus triunfos a la fe salvadora han de empeñarse, si no son locos, en despojar a los hombres de ese precioso talismán, fortaleza del alma, refugio de la virtud y de la dignidad en las borrascas de la vida?

La sátira, arma noble cuando con ella se atacan los vicios y las iniquidades, pero de uso ruin si se la emplea sólo por el prurito de hacer reír, ha contribuido poderosamente a matar las creencias. La sátira, por un lado, por otro la ciencia miope: he ahí los dos enemigos de la fe; y la verdad es que si ésta llamara a juicio a esa sabiduría necia que todo lo reduce a lo material, la sentencia sería desastrosa para la última.

No hablo de religión determinada. Cuéntese con Dios, y el hombre está salvo.

Pero esta civilización sin poesía, sin misterio, que nada dice al alma; que atribuye los más elevados sentimientos a combinaciones químicas; que pone el secreto del genio en un poco más o menos de fósforo; que aniquila lo desconocido, supremo anhelo del hombre; que desprecia las utopías, como si las utopías no

estuvieran día a día, al realizarse, demostrando la parte noble que hay en nosotros; que so pretexto de veracidad histórica suprime a Jesús, honra de la humanidad si hombre, su salvador si Dios; esta civilización ¿qué hará si no matar el entusiasmo y alejar la esperanza y apagar la caridad y cegar en fin todas las fuentes de la poesía?

Llenad el cerebro hasta donde queráis, más no dejéis vacío el corazón. Vosotros, escritores, vosotros más que nadie necesitáis de fe. Creyendo se descubren los continentes, creyendo se mata la esclavitud, creyendo se conquista la libertad, creyendo se cuenta con Dios a toda hora, y contando con Dios se tiene seguro el vencimiento.

*

Concluyamos: eclecticismo en ideas y tendencias; cultivo esmerado del idioma, dando a los clásicos el lugar que les corresponde; libertad completa en cuanto a las doctrinas de los diferentes sistemas literarios, sin excluir ninguno en absoluto,

aunque sí rechazando lo que en todos ellos haya de exagerado o de inverosímil; respeto profundo a las creencias, tanto porque estas encierran tesoros de belleza nunca agotados, como porque ellas responden, en gran parte, por la moralidad de los hombres; conciencia clara de la responsabilidad que cada uno tiene por el buen o mal uso de sus facultades; convicción firmísima de que el pensamiento, ayudado por la palabra, es arma poderosa a que nada resiste: he aquí lo que han de tener presente todos aquellos a quienes la Naturaleza haya otorgado la gracia inapreciable de la inspiración literaria.

Producir la belleza, es lo grande; realizar el bien por medio de la belleza, es lo sublime.

ZORRILLA

Un día los habitantes de Madrid, conducen consternados al cementerio el cadáver de un suicida. Era Larra.

El gran crítico había pasado, pero del borde de su sepulcro se levantó otro gigante: Zorrilla. Cuando la última palada de tierra cubrió el féretro, el trovador naciente se colgó su laúd a la espalda, y se fue de ciudad en ciudad, de campo en campo, cantando la religión, el amor, la guerra; todo cuanto encerraba un recuerdo glorioso para España.

Con la vara mágica de su fantasía tocó en las ruinas, y los castillos se repoblaron de caballeros, los puentes levadizos se abatieron al paso de las castellanas altivas, volaron las lanzas hechas pedazos en los torneos brillantes y los trovadores depusieron sus cuitas amorosas y sus historias heroicas al pie de las sombrías fortalezas; tocó en los sepulcros, y se alzaron imponentes las sombras de Felipe Segundo y del Alcalde Ronquillo; evocó los espectros de Montiel, y

echó el soberbio manto purpúreo sobre los hombros de Pedro El Justiciero; puso en un platillo de la balanza todos los crímenes y en el otro el amor, y don Juan Tenorio subió al cielo sobre las alas de Inés trocada en ángel; tomó de entre el pueblo a un pobre remendón, y modeló con él un caballero sin miedo y sin tacha; lanzó por sobre el mar su mirada creadora, y de los desiertos africanos trajo la austera y trágica silueta de don Sebastián; reconquistó Granada con el poder de su lira, y los abencerrajes volvieron a esgrimir contra los nazarenos sus poderosos alfanjes, y Boabdil volvió a esconder su dulce molicie en los retretes de la Alhambra; removió el polvo de las tradiciones, y brotaron de su cincel divino aquellas leyendas nunca igualadas y siempre bellas; y errante siempre, fue de campo en campo, de castillo en castillo, dando ejecutorias de inmortalidad a los héroes olvidados, hasta que cansado de tan larga peregrinación y humillada la frente al peso de tantos laureles, fue a recibir en la imperial Granada, cual si fuera el último de sus reyes, el homenaje de todo un pueblo, simbolizado en una corona.

Ahora, el gigante se ha ido para no volver más.

*

Apreciar en justicia la obra literaria de Zorrilla, es difícil tarea, casi imposible por las preocupaciones reinantes.

Ante todo, él es poeta.

Allá los críticos verán si sus versos son de ésta o de la otra clase, si tienen filosofía, si llevan la marca de fábrica de la escuela dominante y todos los demás requisitos que ellos piden a las obras maestras.

Siempre resultará esto: él es poeta, gran poeta.

Por lo demás, el convencionalismo no hallará en Zorrilla mayores méritos: aquellas palabras desentrañadas de lo más hondo del diccionario, no son de él; aquellos conceptos oscurísimos, martirio de la cabeza, él no los conoce; aquellas dudas artificiales, siempre dichas del mismo modo, él no las tiene; aquellos atrevimientos de los artistas que encuentran ritmo en el cabello, perlas en la risa, color en la voz, ajenos son a su musa humilde; aquellos metros extrañísimos en que la música llora indignada, no están en su lira; pero tampoco son suyas la impiedad de moda,

ni la parlería insulsa, ni la intención forzada, ni las doctrinas de consigna, ni la forma que pide el santo y seña.

Soltura, gracia, naturalidad, eso sí. Fondo, también: El Cristo de la Vega nos servirá para demostrarlo: Un soldado, a punto de partir a la guerra, jura, ante el Cristo de la Vega, tomar a Juana por mujer cuando haya vuelto. Regresa a los pocos años, pero no es ya el humilde soldado perdido de amor por la muchacha; los honores le han subido a encumbrado puesto y le traen trastornado de orgullo. Juana reclama la promesa ante el juez que, por falta de pruebas, va a declarar absuelto al culpable. Entonces Juana se acuerda del Cristo y lo cita como testigo. En procesión solemnísima va el magistrado a interrogar al Cristo, y cuando aquel ha concluído sus preguntas, la diestra de la santa imagen se desprende de la cruz, y una voz grave, profunda, como salida del abismo, responde: sí juro.

No hay aquí dudas, ni impiedades, ni blasfemias; lo que hay es esto: el poeta personifica en Juana, la fe, la esperanza

firmísima que de la Providencia tienen los buenos. Hace, además, aparecer la idea de la justicia, tan alta, tan severa, tan sagrada, que el mismo Dios desciende a humilde testigo para que aquella sea cumplida.

Como dramaturgo no tiene Zorrilla títulos que puedan competir con los de otros autores; pero nada sacaremos de ahí en su contra. No era el drama, en su tiempo, lo que es hoy; mal podríamos aplicarle el criterio estético y filosófico con que ahora aquilatamos esa clase de obras.

La maravillosa fecundidad de Zorrilla originó algunas obras malas. La actividad, la fiebre creadora no siempre se compadecen con el esmero, la pulcritud y la elevación requeridas por las obras maestras.

Con Zorrilla ha desaparecido el mejor representante de la lírica española. No se escapará él de las censuras acerbas de los sabios tontos. El que se muere, casi siempre recibe al esconderse en el sepulcro, puñados de injurias en vez de puñados de siemprevivas. Es el desquite de las pequeñeces.

De Luis XI dice la Historia, que después de todo, *era un rey;* Zorrilla, después de todo, *era un poeta.*

CARTA LITERARIA

Tú y yo somos dos locos, dos notas discordantes en el concierto de la vida social. ¿Adónde vamos? ¿Qué nos proponemos? ¿Cuál es el término de nuestro camino? El dios oro no es nuestro dios; su brillo no encendería una sola chispa ni en nuestro cerebro ni en nuestro corazón. ¿Es desprecio? ¿Es orgullo? No: es la confesión humilde de nuestro escaso poder para alcanzarlo honradamente; pero es también el noble propósito de no comprarlo a trueque de infamia. La pobreza así, es santa.

La gloria es mentira tan hermosa, que seduce a las almas de mayor temple. Mentira, en cuanto muchas veces la ciframos en cosas nulas; bien puesta, es lo más alto que puede alcanzar la mirada. Gloria de ser útiles, gloria de limpiar conciencias, gloria de ser caballeros de la justicia, castigadores de lo negro, es gloria excelsa que nos lleva a la diestra de Dios Padre. Que nos sea difícil, imposible

hacerla propiedad nuestra, no es el caso; desearla, ir en su busca a toda hora, es conveniencia y deber.

Henos aquí en pleno idealismo, dirás. ¿Y por qué no? Si lo real es la verdad acomodada a nuestra condición de seres imperfectos, lo ideal es la verdad conforme a nuestro destino futuro de criaturas privilegiadas. Dame lo real hasta donde baste para conservarme humilde, para no volverme loco, para no dejarme aprisionar por la soberbia, para no ultrajar a la Naturaleza; pero no me cortes las alas, no me impidas que mire hacia arriba, no sea que a fuerza de pensar en la tierra, me olvide del cielo y de Dios.

Si por medio de la experiencia nos elevamos a las ideas puras, de las ideas puras descendemos a las más hermosas conquistas materiales. El águila baja para apoderarse de su presa, pero para ver a ésta, se ha cernido antes sobre las nubes. Entrate por la selva inextricable y pídele sombra para tu reposo, jugos para tus dolencias, madera para tu habitación, leña para tu hogar, frutos para tu alimento; pero no olvides que sobre tu cabeza

está el Padre Sol, fecundador de la selva; póstrate, pues, y dale gracias.

Alma y cuerpo; lo ideal y lo real: esta es la síntesis.

¿Estábamos hablando de la gloria? Quería decir que ella debe ser la recompensa, pero no el único propósito. Esperarla, estar ciertos de que vendrá si la merecemos; pero entender que aunque nunca llegara, nuestra obligación queda en pie: ella manda a cada uno llevar su óbolo, su grano de arena para la gran obra: el mejoramiento humano. Una sonrisa al mendigo, un pan al huérfano, un consejo a la prostituta, una lágrima a la inocente engañada, una lección al ignorante, un latigazo al seductor, una bofetada a los ruines; si es que, estorbados de nuestra flaqueza, no podemos abrazarnos en el fuego de la caridad que llora por buenos y malos, que exige al Cielo la recompensa de los justos y el rehabilitamiento de los pecadores.

Errado anduve al decir que éramos notas discordantes en el concierto de la vida. Nada de eso. Al contrario, ajustando nuestros actos a tan hermosas reglas, lejos de ser borrones

seremos brillantes pinceladas; lejos de romper la harmonía humana, formaremos la nota predominante; lejos de entrar en la gran máquina como piezas inútiles, serviremos de eje al mecanismo social.

Pero ¿y el arte?, dirás. ¡Ah! el arte, por más que digan, no padece menoscabo, poniéndose al servicio de la justicia; el arte, manifestación suprema de la belleza, no puede ser enemigo de la suprema idea, que es el bien. ¿Será menos admirable el sol porque vivifique los mundos? ¿Será la estrella del polo menos hermosa porque sirva de guía a los errantes del océano? ¿Será el rayo menos sublime porque trasmita el pensamiento? Y advierte que Naturaleza, la grande artista, pone en todas sus obras algo que ayude a realizar fines provechosos.

Pero yo no exijo que esclavices el arte; no quiero que cortes las alas al cóndor encantado de la fantasía; no quiero que unzas al yugo el cuello regio del león; no quiero que traigas el roble altivo a productor de espigas: lo que pido es que si ese cóndor, al hender los aires en busca de la luz, ve un pajarillo expirante de hambre, descienda un momento a buscarle

un grano que le recobre las fuerzas; que si el rey de la montaña encuentra a su paso a la feroz pantera, pronta a devorar al tierno cervatillo, deje caer su garra poderosa sobre el verdugo; que si el roble enhiesto mira pasar bajo su copa al anciano desvalido, le abandone una de sus ramas para que le sirva de báculo.

Si me dices que sólo a los genios les es concedido tal poder, bien está: nosotros, los humildes, no podremos llegar hasta ahí; seamos, por lo menos, sinceros, compasivos y dignos. No manchemos la purpurada clámide con las inmundicias de la tierra; no arrastremos las doradas alas sobre el fango que mata; no seamos ingratos para con Dios, dando a la necedad o a la infamia lo que El creó para la belleza y para el bien.

Para eso, vale más romper la pluma en mil pedazos y perdernos entre la muchedumbre de los que son oscuros, pero limpios de corazón.

PERIODISMO

¡Yo siento no sé qué extraño placer en rodearme de montones de periódicos, deseoso de apagar en su lectura la sed insaciable de lo bello y de lo verdadero! ¡Pensar que estas pirámides de papeles insignificantes al parecer, me traen el pensamiento de todos los hombres; el palpitar de todos los pechos generosos y nobles; la sinfonía celestial de esos ruiseñores sin alas que se llaman poetas; los misterios que los sabios arrancan a la siempre esquiva Naturaleza; las santas inspiraciones de todos los que van hacia Dios a través del progreso humano!

Leves hojas arrancadas del árbol robusto de la inteligencia: ¡yo os bendigo! ¡Yo os bendigo, sí, porque con vuestra savia se fortalece mi fe y se acrecienta mi esperanza!.....

Leamos.

Las despliego con mano febril, devoro página tras página, y ¡oh infamia!, a medida que

avanzo en su lectura, ¡se va levantando en mi alma una oleada de cólera, de asco, de invencible repugnancia por esta desgraciada institución en que han hecho presa todos los profanamientos de los hombres!

Sandeces, insultos, calumnias desde el principio hasta el fin, plumas vendidas, unas a la pasión; otras a la ignorancia, las más al dinero.

¡Y el periódico honrado tiene que tratarse con esas prostitutas, del mismo modo que el hombre puro tiene que dar su limpia mano a tanto pícaro enaltecido por las culpables imbecilidades sociales!

Vosotros, jóvenes, los que apenas en los umbrales de la existencia, estáis seducidos por el espejismo de las cosas no conocidas: no deis vuestro tiempo a ese miserable. Vedle ahí, cómo se viene, plegado, encogido, arrugado; su sola vista da indicio de su frivolidad. El os enseñará a pensar neciamente; él os llenará la cabeza de bagatelas; él os hará conocer mal a los hombres. Es ligero como una coqueta, asqueroso como ramera, comprable a bajo precio como trasto inútil. El

es el cómplice de todos los crímenes, payaso de todas las farsas, escabel de todas las nulidades, consagrador de todas las injusticias, rufián de todos los déspotas, zarzal enorme que ofrece dardos para el corazón de todos los justos y coronas para la frente de todos los mártires.

En medio de sus trivialidades, resalta, a veces, como diamante irradiador engastado en metal despreciable, la joya literaria, el prodigioso triunfo de la ciencia, el grito pavoroso del derecho que se alza; todo lo que es parto de las almas que alumbran. Rubíes sembrados en el lodo, hay que revolver el pantano para encontrarlos.

Sí, a Dios gracias, este infierno tiene su lado bueno. Esa hoja deleznable, puesta en manos de hombres rectos, hace sufrir pesadillas a los tiranos, temblar de espanto a los impostores y enrojecer de vergüenza a los hipócritas. Periódico imparcial, servidor del derecho, de la ciencia, del arte, es mariposa que nunca toca el suelo con sus alas de oro, fuente que mana ambrosía para los enamorados de la belleza.

¡Periódico! Faro siempre encendido, alegrador de las horas tristes, maestro de los pobres, escudo de los oprimidos: ¿qué han hecho de ti los que todo lo degeneran? ¿Cómo han podido trocar tus cristalinas aguas en cenagoso torrente que va salpicando cuanto hay de noble y de santo sobre la tierra?

¡Cascada de estrellas, te han hecho cloaca de todas las inmundicias, enorme albañal por donde sale la lepra de las almas negras!

POETAS

Sabia, muy sabia la Naturaleza, ¡pero qué extravíos tan lamentables no padece en ocasiones! ¿Puede ser mayor desgracia que dar con un hombre inteligente y malo?

Nada más espantoso que una de estas criaturas que con la cabeza tocan en las nubes, mientras su corazón, nido de víboras, está tirando hacia el infierno. Ellos son nuestros peores enemigos; a ellos les debemos los pesares más hondos; a ellos las cadenas de los pueblos; a ellos el embrutecimiento de las masas; a ellos cuanto borrón cae sobre la mísera humanidad.

Lo más desesperante es que aún poetas asoman entre estos seres malditos. ¡Poetas! Vasos sagrados, relicarios en que se encierra todo lo noble y todo lo santo; altares en que se adora a Dios perpetuamente; urnas preciosas en que se contiene el bálsamo que cura todas las heridas; cristos que día a día se ofrecen en sacrificio por la redención de sus

semejantes; criaturas perfectas que logran apartar de las flaquezas terrenales los irritados ojos del Señor. Poetas perversos, poetas traidores, poetas ingratos, poetas aduladores; ¿es posible? ¡Es posible!

Tal como en la creación física se encuentran seres incompletos que son como ensayos de la vida animal para llegar a las especies perfectas, se encuentran asimismo en la creación moral, almas incompletas, espíritus semiformados que no alcanzan el verdadero tipo concebido en la economía universal. Los malvados de talento, los ruines que hacen versos, son los murciélagos del mundo moral; seres que no tienen pleno derecho a la vida, como que han nacido de una equivocación.

Poeta es el que siente, dice y hace grandes cosas; el que siempre tiene el pensamiento en Dios; el que con una mano arranca de la lira divinas armonías y con la otra enjuga las lágrimas de los desgraciados.

Quien deja el plectro de oro para blandir el puñal homicida, no es poeta; murciélago, demonio disfrazado, cualquier cosa, pero no poeta. A estos, hay que echarlos a latigazos

del templo de la gloria; inmortalidad, si la quieren, que sea la del escarnio; corona, no de laurel, sino el birrete de los ajusticiados.

Yo os conozco, vosotros pobres diablos que sabéis cantar como pájaros, pero que no sentís como hombres. Vosotros, los que en frases más o menos pulidas decís que el arte nada debe a la conciencia. Rimadores mecánicos, no será vuestro nombre el que rompa las brumas del porvenir. Gozad ahora con los aplausos de los tontos que os halagan porque les paguéis en alabanzas. ¡Maestros de un día, mañana estaréis perdidos entre las muchedumbres!

GENIOS

Me están matando la paciencia todos los días, a fuerza de hablarme de genios.

A este paso, muy pronto veremos sobre las puertas avisos que digan: F. de Tal, genio, fabrica taburetes.

Pues yo digo que los genios no se encuentran en cada esquina; yo digo que el genio es presente del Cielo, que no se hace a ningún mortal sin qué ni para qué; yo digo que el genio es ser de superior especie que Dios echa a la Tierra para que venga en lucha dolorosa y terrible, a matar fieras, a romper injusticias, a destrozar iniquidades, a aniquilar a los monstruos que día a día se están tragando a los débiles, a los humildes, a los pobres de espíritu; yo digo que el genio no pone tanto su corazón y su alma en cincelar frases áureas, como en ahuyentar la ignorancia y la tiranía. Su musa es siempre la misma: ser paladín de los indefensos; su vida es siempre la misma: luchar, luchar a muerte contra el mal; su recompensa siempre la misma: el odio,

la ingratitud de sus semejantes. El genio gasta melena leonina, no ostenta plumaje de ave del paraíso. No trina en flauta dulce y enervante, ruge en trompa estremecedora. No pone el pensamiento en placeres de la tierra, sino en triunfos de la conciencia.

Yo quiero los genios a lo Hugo, a lo Cervantes, a lo Montalvo, sobre todo, a lo Montalvo.

¿Queréis conocer el genio? Vedle ahí que asoma de repente, armado con la maza de Hércules, tronando contra las bestialidades humanas, desecando los fangos del pecado, extirpando la inmundicia moral, matando la cobardía del esclavo y la osadía del tirano. Su paso es majestuoso y solemne como de fantasma levantado del sepulcro. A cada palabra suya, corre despavorido un vicio, se esconde avergonzada una preocupación, se yergue triunfante una virtud, se levanta victoriosa una verdad. Las zarzas del camino que hieren su frente quedan hechas rosas; y él va, pasando, pasando, austero, radiante, inquebrantable, hasta que desaparece entre las brumas de la eternidad.....

Sobre su tumba se amontona el odio de los malos y la admiración de los buenos.

ESCUELAS

ROMANTICISMO

En sus ojos chispea volcánico el ideal; su melena olímpica tiene sacudimientos épicos que estremecen..... Su silueta trágica revela no sé qué de fatídico que se pierde en lo desconocido; algo así como los lineamientos de un espectro.

Cuando su voz huracanada impetra a los fantasmas, parece el genio oscuro del abismo. Al contacto terrible de su mano descarnada, los seres reales se vuelven aéreos, vaporosos, intangibles.

Todo en él es fantástico, oscuro, horrible, sombrío, espantoso; y su ideal se pierde en un florecimiento de ilusiones, desengaños, sueños y delirios que se desvanecen en la sombra.

Es lo estrambótico en lo absoluto, hecho trágico por lo desconocido y petrificado en lo invisible.

REALISMO

Al entrar a mi casa, me miró desde lo alto de su corbata blanca, y atusándose su bigote rubio terminado en puntas muy retorcidas, con los dedos pulgar e índice, en el cual brillaba un magnífico diamante, dejóse caer sobre una poltrona cubierta con velo de finísimo encaje blanco de Malinas, cerca de la cual había un precioso neceser de caoba con incrustaciones de nácar, sobre el cual, en desorden y empolvados, veíanse varios libros encuadernados con magnífico cuero de Rusia y con ilustraciones de Gustavo Doré.

Cruzó sobre la izquierda su pierna derecha, fina y nerviosa, que, al mecerse de un lado a otro, imprimía un movimiento oscilatorio a las cintas de seda de su zapatilla charolada.

— Estoy a vuestras órdenes, caballero, me dijo, dejando ver, al hablar, dos hileras de dientes perfectamente limpios.

Iba a contestarle, pero en aquel momento unos carros que pasaban rodando sobre el empedrado de la calle, nos impidieron con su ru, ru, ru, hablar largamente.

— Lo dejaremos para otro día, si gustáis.

Tomó su sombrero, dióme la mano, y se fue, dando vueltas a un bastoncito de ballena con puño de oro, regalo de una querida joven y espiritual, según supe después.

DECADENTISMO AMERICANO

Era una muchachita de cabellera rítmica, con mucho azul en la voz y mucho oro en la mirada. Su andar perlado ostentaba un cristalizamiento escultural, triunfante y límpido, y su sonrisa marfilina tintinabulaba como una disolución de topacios en jarrón pentélico.

Yo estreché entre las mías su mano oriental y vibrante; esculpí en ella un beso alado, y con voz acerada, le dije: ¡mi abuela es mi pariente!

La abuela y el pariente eran grises.

HISTORIA DE MIS VERSOS

Comencé a delinquir a la edad de doce años. Ejecuté mi primer ensayo en uno de mis maestros, quien, tomando en cuenta la sana intención, me perdonó generosamente.

Más tarde, reincidí. Fue el caso que se llegaba a todo andar el natalicio de mi padre, y yo no tenía como felicitarle. A la hora de presentar los regalos, le obsequié con diez o doce quintillas, que él resistió con la mayor calma. Mis hermanos me llevaron en triunfo. De ahí en adelante, por cualquier motivo disparaba mi carabina poética.

Cuando un muchacho empieza a versear, está perdido si Dios no hace por él un milagro. ¿Cómo había yo de abstenerme? Sin más críticos que un hermano y el administrador de la finca, que aplaudían todos mis ensayos; mimado luego por la gloria adquirida entre la rústica gente de mi pueblo, mucha suerte ha sido callarme cuando un verso más hubiera podido traerme serios disgustos. Hoy no hago

versos, y espero de Dios no me deje caer en la tentación; pero ya que he podido salvarme, escribo mi historia para enseñanza y aviso de los que comienzan.

A los diez y siete años me dio por hacer el romántico. Entre todos los míos, son aquellos versos los más pasables; no tienen *amor* ni *pasión,* aunque sí están salpicados de *destino, camino, despojos y abrojos.*

Con ellos, mi gloria llegó a su apogeo. *Publiqué* el primer tomo de mis versos, que anduvo de mano en mano; cuando llegaba un forastero, corrían a pedirme el libro, pues se consideraba como diversión de gran tono la lectura de mis poesías. A muchas se les puso música, con lo cual acabé de hacerme célebre. En cuanto a los transeúntes, es seguro que se pagarían de mis versos; pero el hecho de que muchos no volvieron a detenerse en el pueblo, me ha traído algunas dudas sobre el particular.

Dicen que nadie es profeta en su tierra. En mi pueblo, a pesar de la fama y de todo, mi bolsillo andaba muy escaso, más escaso de lo torelable. Fuime, pues, a otra parte con mi inspiración, dejando a mis paisanos la

colección de mis poesías. La verdad es que la olvidé; pero como nunca me he inquietado por verso de más o de menos, díme a componer un nuevo libro.

El mecanismo de mis versos es muy sencillo: un poco de *pasión* al principio, una *palma* en medio, y al final un corazón aderezado de maneras diferentes. Otras veces la cosa se arregla con un *amor* en un extremo y un *dolor* en el otro. En cuanto a metros, los usé todos: versos largos, cortos, angostos, anchos, con ajuste o sin él. Usé también todas las rimas, y hasta inventé algunas.

Tengo en mi abono que siempre dije lo que quería decir; al revés de algunos verseadores que, empleando una licencia a cada palabra, no dicen lo que se proponen. Tampoco hice versos *dígitos* o sea medidos con los dedos. Dios me ha dado bastante oído para no necesitar de este recurso. Me gusta que el verso tenga música, mucha música, sin cuyo requisito no me agradan, ni aun cuando sean filosóficos. No hay filosofía que me haga pasar un verso empedrado de tropezones, de esos que al leerlos dan hipo.

Haréis mal en pensar que mis versos son absolutamente malos. No, varios tengo que pudieran entrar en docena con los de poetas contemporáneos afamados. Siendo así, ¿qué santo me tuvo de su mano para que no los imprimiera? Sucede que he leído los mejores poetas, se me ha afinado un tantico el gusto, y así, por grande que sea mi amor propio, he comprendido que entre los de ellos y los míos, hay buena diferencia. De aquí deduciréis que si los malos propios no me gustan, los malos ajenos me dan gana de hacer una muerte.

Siempre será un gran mérito mío haber librado al mundo, de mis versos; tanto más, cuanto que tuve periódicos a mi cargo, en época en que verseaba de lo lindo.

Para concluir mi historia útilmente, diré a los que ahora versean, que puede un hombre ser muy apreciado, aunque no escriba versos. Un abogado, un médico, un militar, un comerciante, un zapatero, pueden muy bien distinguirse en sus respectivas profesiones, sin necesidad de perpetrar *poesías*.

Si no por ellos, deben abstenerse por los demás. De lo contrario vamos a llegar a una situación muy difícil.

Es preciso cuidar, sobre todo, de los que van dedicados. No hay que echarlo a broma; un verso *bien* dirigido puede ocasionar fatales consecuencias.

Ojalá que estos consejos sean atendidos: se evitarán así grandes disgustos, y yo tendré la satisfacción de que la historia de mis versos, salve a muchos que más tarde serían víctimas de los más atroces remordimientos.

LA GRAN MUSA

Escritores, ¿cuántos de vosotros no sois la vergüenza del arte? ¿Hay modo de soportar que, mientras los verdugos se glorían en su obra nefanda, os estéis ahí tejiendo guirnaldas para vuestras frentes, bordando sandalias para vuestros pies? Pide pan un hambriento; ¿qué os importa? Estáis delirando por las japonerías. Grita un pueblo porque le salven de una fiera; ¿qué os importa? Estáis inventando palabras para adornar una sonora bagatela. El buitre de la usura se tira sobre los necesitados, les barrena el pecho, les bebe hasta la última gota de sangre; ¿qué os importa? Estáis fabricando porcelanas.

Vosotros sois artistas; queréis el azul, el ritmo, la flor, el biombo chino, el jarrón oriental, el tapiz de gobelinos, la babucha turca.

Siglos atrás los poderosos contaban entre sus servidores, bufones, juglares para desvanecer un poco el negro aburrimiento. Hoy, en plena civilización, no hay déspota que no posea su

par de poetas, su par de prosistas. ¿Por qué no? Un caballo árabe, un sable damasquino, son más caros que un ruiseñor de esos que saben endulzar las horas negras de los verdugos.

Yo bien sé que los que desdeñan ese camino tendrán por único premio la miseria y la oscuridad. Hay razón: esta saña, esta ira que se desborda, este anhelo de la pluma por convertirse en hacha, esta musa inquieta que ansía cortar de un golpe todas las cabezas de la Hidra, andan mal avenidos con los paladares delicados. ¿Qué importa, si estamos bien con el cetro de hierro de la justicia? Ni se piense por eso que despreciamos el de la belleza, no. Todo tiene su puesto en la economía universal: la flor es tan útil como el huracán; el ruiseñor no vale menos que el león; el murmurio del arroyuelo completa la sinfonía del océano; el musgo y el cedro, la estrella y la luciérnaga, el colibrí y el águila, el céfiro y la tempestad son notas del gran canto de Dios. La nota falsa de esta inmensa armonía es el mal; el mal es el desequilibrio de la justicia; la justicia es el eterno sol que infunde vida a todas las criaturas.

Tengo tan alta idea de la inteligencia, tanto respeto por esa preciosa facultad con que Dios agracia a sus escogidos, que no concibo cerebro poderoso sin la compañía de un corazón rebosante de grandes sentimientos; no concibo el poder creador sino para ser aplicado a los ideales más altos que puede acariciar el humano espíritu. Ahora bien: ¿qué ideal más noble que éste, qué misión más santa que ésta de abatir a los inicuos, alzar a los caídos, dar luz a los ciegos, oído a los sordos, vida, en fin, a todos los que han hambre y sed de justicia?

"Luz, luz, más luz" dice Goethe, sintiendo cómo se le cierran los ojos del alma, al peso de las sombrías tinieblas de la muerte. Luz, luz, más luz, están clamando a gritos todos los desgraciados de la tierra. Luz es justicia; justicia es la enseñanza que se da al ignorante; la limosna que se otorga al mendigo; el llanto con que compartimos el dolor de los que sufren; la palabra de aliento con que se levanta al que desfallece. Cultivo a las plantas, protección a los animales, respeto a la vida de todas las criaturas, odio a todo lo negro, caridad a todo lo débil, es luz, es justicia.

Ved ahora, poetas, escritores, si esa musa es digna de vosotros, si esa deidad merece vuestro culto o si habéis de vivir entregados a las primorosas bagatelas que se llevan consigo la energía, el talento, la inspiración de vuestras almas.

Lo que voy apuntando es lo mismo que ya dijeron en palabras y en acciones, esos a quienes estáis rindiendo perpetuo vasallaje: los genios, astros sin ocaso que derraman sobre la humanidad el eterno resplandor de la belleza.

Sí, el genio, ante todo, es adorador de lo justo.

Ahondad en las sombras de lo pasado, y veréis allá, perdida entre las brumas de la tradición, la venerable silueta de un hombre prodigioso. Es Job que comparece sobre el estercolero, rayéndose con un tiesto la podre que le envuelve. Siete días y siete noches se está ese anciano formidable sin despegar los labios, y ese silencio aterrador resume todo lo trágico que puede caber en la realidad y en la ficción. Ese mutismo, puede ser el sarcasmo viviente, un alma hecha ironía, un reto lanzado al mismo Dios. Antes de llegar ahí, Job rompe en grito

estremecedor que hace temblar cielo y tierra; imprecación sublime que deja exhausto el inagotable manantial de la poesía. Ese rugido, esa tempestad disfrazada de queja, ¿qué es si no sed de justicia, sed de reparación a todos los golpes que la fatalidad descarga sobre los miserables representados por el egregio poeta?

Dad un salto hasta la Edad Media y os encontráis con un hombre de sombrío mirar que va por las ciudades, con paso de espectro. Es Dante, el castigador de los grandes crímenes. El es poeta, pero el divino oficio de la lira le deja libre la mano vengadora con que escribe sobre la puerta del Infierno esa fatídica sentencia: *"dejad aquí toda esperanza"*.

De nada ha servido que Bolívar, el creador de naciones, canse al tiempo y a la suerte en la lucha por la emancipación; de nada ha servido que Marte, encarnado en un llanero, eche despavoridos al otro lado del Atlántico a los opresores de la patria; de nada ha servido que Ricaurte, un desconocido, vuelva oscuras en un momento las heroicidades romanas; de nada ha servido que Sucre, el guerrero ángel; Miranda, el gran girondino, y tantos otros

consagren con su martirio la más noble de las causas. A despecho de todo, América continúa esclava, no de los españoles; de sus propios hijos que, llevados de la ambición y la codicia, cambian en corona de espinas la triunfal diadema de la virgen reina. De nada ha servido, de nada: América es pantano sin orillas, cuerpo putrefacto de donde salen los millares de gusanos que le están bebiendo la sangre. Colón se ha salido de la tumba, y caída la frente llora, llora, llora arrepentido de su obra. ¡América, oh! ¡América! Tu herida es de muerte, estás agonizando, ya expiras, ya se oye el tétrico claveteo del ataúd, el sudario está listo; los grandes pueblos empuñan el arado que surca los campos malditos; la sal esterilizante va a caer sobre tu seno..... Mas de pronto, erguido sobre la cima del Chimborazo aparece el dios de las venganzas, armado de una pluma. Los volcanes contienen su aliento de cíclopes; los ríos paran su carrera; el mar se está inmóvil como si pesara sobre sus olas algo inmenso; las fieras permanecen en sus guaridas; los huracanes han plegado sus alas..... En medio de este silencio aterrador se escucha la resonante voz de Montalvo que condena a muerte a todos los tiranos del Nuevo

Mundo. El mismo desciende de su trono y hace de verdugo. Dos gritos y una carcajada, y tres monstruos ruedan por el suelo.....

¿A qué decir más? Justicia es la musa de los genios: ella les inspira esas creaciones prodigiosas que sobrenadan en el océano del tiempo; ella templa los grandes corazones, las almas de acero en que fracasan todas las arremetidas del mal.

Fragmentos de un Libro

LÍNEAS

No es Calígula, eres tú, ¡oh Roma!, la que nombra cónsul a un caballo. Tú que ya no tienes Catones que se maten, ni Scévolas que se abrasen, ni Brutos que enloquezcan por la libertad.

Tú, ramera, que das el cetro a los jayanes; tú, que te adormeces a la caricia impura de los déspotas.

*

En la economía del Universo nada se pierde: luz y sombra, león y víbora, milano y paloma, son resortes para el gran drama de la vida. Un traidor es útil para hacer venerable a un mártir; un parricida, es necesario para salvar a un pueblo por la vergüuenza. Un escorpión que reina, un chacal que se impone, son a veces sombríos delegados de Dios.

*

Conviene fijarse en ciertas cosas. Viene el incendio. ¿Por qué viene? Aparece la plaga.

¿Por qué aparece? Cuando Dios hace intervenir al drama en la Historia, la Historia debe responder a Dios con el drama. Si no, la lección resulta perdida.

Dos traidores asesinan a Balta, en el Perú. Dos días después, los asesinos ya no existen. La muerte ha contestado al crimen, y de esta terrible conjunción brotan torrentes de luz y vida para un pueblo.

Nerón mata a su madre. Roma se va al circo a aplaudir a Nerón. Los bárbaros asoman, y Roma perece.

Así, pues, no es el advenimiento de los monstruos lo que arruina a los pueblos, sino el modo con que aquellos son recibidos.

No tener un puñal cuando la noche se entroniza, es ir camino del sepulcro.

*

¡Tiranos! ¿Qué es eso? ¿Quién dice que un hombre, que un hombre solo tiene poder bastante para abofetear a un pueblo?

¡Calla, esclavo! Calla, esclavo, porque no

sabes convertir tus quejas en puñales. Calla, esclavo, porque tu pie ha nacido para la cadena; porque te sabe amargo el pan que no va mojado en sangre. Apercibe la espalda, besa los pies a tu amo, y ríete.

*

Hay pueblos que viven de cieno, pueblos-sapos.

*

Lázaro está bien en su sepulcro. ¡Qué grata para él la eterna sombra de la muerte! ¡Qué grata para él la pestilente atmósfera de la tumba! ¡Qué grata para él la glotonería salvadora de los gusanos!

¡Lázaro, levanta!

— ¿Y para qué?.....

*

El miedo y la ignorancia: esos dos oscuros engendradores de la tiranía. De la horrible

cópula de esas dos noches, nace el cuervo que se llama déspota.

*

Padres que dejan violar a sus hijas; hijos que dejan vapulear a sus padres; maridos que se dejan arrebatar el pan de sus mujeres; mujeres que incitan a humillarse a sus maridos..... ¿es realizable tan negra pesadilla? ¿Dónde están las naciones que tales cosas consienten? Naciones, gentes civilizadas, hombres de corazón, no; hordas, salvajes de levita, bandadas de eunucos que están avergonzando a la Historia: eso, eso es lo que hay.

*

Si no se vive para la libertad, ¿para qué se vive?

Dichoso tú, oh León, que no tienes amo.

Dichoso tú, oh Tigre, que no te humillas.

Dichoso tú, oh Jabalí, que naces y mueres en la agreste libertad de la selva.

Fieras, aves, insectos: enseñad al hombre la dignidad de la Naturaleza.

*

Allá está un pantano, allí una charca, aquí un cementerio, a este lado una úlcera, al otro un muladar. Por supuesto, todos esos focos están habitados. La vida, la vida puramente animal, brota del miasma.

Pues bien: esos bichos han observado que las abejas, que las hormigas, tienen sus repúblicas disfrazadas de monarquías, y ellos, naturalmente, no quieren ser menos. Así es que se han constituido en monarquías disfrazadas de repúblicas.

Aquí gobierna el *Excelentísimo* señor general Escuerzo; allí el *Excelentísimo* señor general Gusano; allá el *Excelentísimo* señor general Larva; acullá el *Excelentísimo* señor general Tenia.

¡Y qué bien se han arreglado los animalejos!

Así, cuando un Excelentísimo está acabando de tragarse a su pueblo, éste se alza, derroca

a su Benemérito, y le destierra, bien apercibido de provisiones.

¡Os digo que es de lo más gracioso que pueda imaginarse!

*

No, la tiranía no es el crimen de un hombre, sino la desvergüenza de muchos. La peste es el castigo de la inmundicia material; el tirano es el castigo de la inmundicia moral.

Bien están los déspotas donde están, como que ejercen oficio sagrado, oficio de vengadores.

Del lodo, el gusano; de la corrupción y de la incuria de los pueblos, el déspota.

CUANDO MUEREN LOS PUEBLOS

Hubo en lo antiguo un pueblo que, por sus hazañas, por su laboriosidad, por su valentía, mereció de la Providencia ser gobernado por un grande hombre: un gran bienhechor que vino después de una gran mancha.

Progreso material, progreso moral, progreso intelectual: todas las actividades desarrollándose armónicamente.

Pero en el fondo, en las entrañas de aquel pueblo, germinaba la semilla de la corrupción, y de repente, de aquella semilla brotó un hombre, y en aquel hombre todas las inclinaciones rastreras: la gula, la lujuria, el robo, la embriaguez, la traición, la ingratitud, la torpeza, la hipocresía; cuanto cieno, cuanta sombra pueden caber en un alma, vivían exuberantes en aquel murciélago humano, y aquel murciélago sorbió con su enorme boca todas las energías del pueblo, y con el vaivén de sus alas viscosas refrescó la honda llaga.

El vampiro no pudo devorarlo todo: se había saciado, y la pesadumbre de su hartura le dejó inmóvil sobre su víctima. El calor de sus anchas membranas fecundó aquella masa de impura carne, y nació un gusano, y luego otro, y otro, y ciento, y mil, y millones, enjambres de gusanos, que, formando al rededor del avechucho, le saludaban, moviendo a compás sus hediondas cabezas, y gritando: ¡salve! ¡salve al héroe! ¡salve porque ha redimido a la República!

Entonces, unos pocos hombres que al aparecimiento del monstruo se guarecieron en lo profundo de las cavernas, salieron lentamente de sus escondrijos, y formaron una fúnebre procesión, y sacudieron el polvo de sus pies, y echaron a andar con las frentes caídas y los rostros bañados en lágrimas, entonando esta pavorosa elegía:

"Para el pueblo de carne ya viciada
y de espíritu oscuro
y sin fe, que camina mal seguro
con el alma en los vicios anegada;
pobre de libertad, de males rico,
hay sangre y fuego que esas manchas borra:
¡fuego para Gomorra;
para Roma, las huestes de Alarico!"

Y marcharon, marcharon, cantando siempre, hasta que sus siluetas se desvanecieron en el horizonte, y sus ecos se confundieron con los rumores de la brisa.....

Después, en lo profundo de la noche, del seno de las cavernas salió una voz triste, solemne, dolorosa, voz de sepulcro, que decía: *requiescat in pace*.....

POLONIA

¡Oh, los errantes! ¡Los que nacen y mueren desterrados! ¡Los extranjeros en todos los pueblos! ¡Los siempre víctimas de la nostalgia! ¡Los eternos enamorados de la libertad!.....

Polonia: tú eres la pesadilla de los déspotas; tus rugidos de león encadenado tienen insomnes a los reyes y vigilantes a los pueblos que sufren.

¡Polonia! Cristo de las naciones; mártir de un calvario que no termina; aterrador fantasma que siempre te escapas del sepulcro; pueblo paria, pueblo genio.....

Sobre la inmensa losa que cubre tu cadáver, la sangrienta sombra de Kociusko se alza, y grita: Estoy vivo.

Sí, está vivo. ¿Por qué había de morir? ¿Acaso muere el derecho, acaso muere la luz, acaso muere la esperanza?

El alma tuya se ha transformado en idea. La idea no perece.

Sí, perece cuando la corrupción y la desvergüenza la envuelven en su hediondo sudario; perece en los pueblos que adoran sus cadenas; en los pueblos que viven de rodillas, bebiendo sangre y lodo.

Tú, no. Eres virgen, eres mártir; tus heridas echan resplandores; tus llagas despiden rayos que van sembrando el terror en los opresores y la esperanza en los oprimidos.

¡Sol inextinguible! ¡La tiranía arroja en vano sobre tí puñados de sombras!.....

NOSTALGIA

Entre las cosas trágicas, ésta: descansar de la nostalgia en el sepulcro. ¡Ah! la nostalgia..... ¿Es, pues, el hombre una planta, que así se encariña con el pedazo de tierra en que ha nacido? Es decir, que ni el deber, ni el orgullo, ni el inmenso halago de la libertad han de bastar al cicatrizamiento de esta herida que se llama nostalgia?

¡Pasáis cabizbajos y mudos por las calles de una ciudad extraña; sentís la frente oreada por una brisa sin perfume; alzáis los ojos a un cielo que no tiene esplendores; vais a escuchar una música que sólo os dice cosas tristes! ¡El sol no calienta, las flores están mustias, la fama no enamora, la amistad no consuela; Dios se ha olvidado de vosotros! Esa es la nostalgia.

¿Qué importa? Mañana volveréis a la Patria, y entonces qué gozo, qué dicha inexplicable, qué abrazos a la madre, qué sonrisas a la hermana. qué mimos a los chiquitines que se

os cuelgan de los brazos, pidiendo historias de esas tierras que están por allá.....

Pero si en vez de esa compensación, si en vez de ese bálsamo, si en vez de ese triunfo, viene ahí la muerte, y os arrebata y acaba vuestro peregrinar echándoos a la hedionda sepultura, y os da enjambres de gusanos por los enjambres de ilusiones que estábais alimentando en el jardín de los ensueños.....

LA SENTENCIA

Y dijo Jehová: quejas de inocentes hieren mis oídos; hasta mi trono sube la ola de tu iniquidad.

La malicia tuya se ha hecho montaña; en tu corazón se abrigan las bestias de la noche.

Tu cabeza es como sepulcro vacío y hediondo.

¿Quién me librará de este pueblo ingrato?

Y Satanás, que estaba presente, respondió: Señor: déjame eso a mí.

Y dijo Jehová: he aquí que yo enviaré quien los devore, porque su pecado es la ingratitud.

Tienen sed de sangre; están ansiosos de concupiscencia y hambrientos de goces.

Yo haré caer sobre ellos el hambre, y un traidor será su verdugo, y un vientre su perdición.

Y a una señal del Altísimo, el ángel que preside los destinos humanos trazó una raya negra en el gran libro en que están escritos los nombres de todos los pueblos, y dijo:

Ha sido borrado.

Y Satanás, desplegando sus enormes alas, con la frente sañuda y la mirada hosca, descendió como saeta por el inmenso espacio de los cielos, y fue a posarse en la cima de una montaña.

A sus pies se extendía una bulliciosa ciudad. Ahí es, dijo, y quedó sumergido en sombría meditación...

Era ya de noche cuando el soberbio arcángel, vuelto de su ensimismamiento, lanzó una carcajada de triunfo, y dijo:

Yo conozco un vientre.

Luego, transformado en culebra, se deslizó por los escarpes de la montaña, atravesó las desiertas plazas y las solitarias calles de la ciudad maldita, entró a un sombrío edificio en que había mucha gente armada, acercóse a un hombre que se tambaleaba ebrio en una silla, se enroscó a él, y le dijo al oído:

— Oye, General: cómete a ese pueblo.

Estremecióse el ebrio.

— ¿Y mi padre?, dijo.

— No importa, lo matarás.

— ¡Yo, yo su hijo!

Ven aquí, repuso el Demonio, llevándole a una ventana. ¿Oyes esa música? Es un baile. ¡Si vieras qué mujeres, qué carnes! Blancas, apretadas, suaves, palpitantes; allí hay labios que abrasan, morbideces que embriagan, pechos que incitan a morder.

El infeliz temblaba de lujuria.

Satanás continuó:

— Mira a este lado; en aquella casa hay arcas repletas de oro; piezas bruñidas, brillantes y sonoras que harían de un hombre un dios. ¡Hay mucho! Nunca se acaba porque el pueblo las llena todos los días.

— Calla, calla— decía el desgraciado— me muero.

— De ahí, prosiguió el Demonio— pueden salir los vinos riquísimos, los manjares suculentos, los banquetes regios en que el champagne corre como agua. Tener eso, vivir así, es la gloria. Te daré las mujeres, las arcas llenas de oro, los lechos suavísimos, los manjares, ¿oyes? Los sabrosos manjares, y el vino,

¿entiendes? El vino, que alegra, que enloquece, que trae el delirio, que desata el apetito insaciable; el vino, ¡miserable! el vino, que contiene la risa, y el canto, y la conjunción de las bocas ardientes, y los mordiscos furiosos en la carne virgen, y el vértigo de la sangre que salta en las venas, y los espasmos, y los desfallecimientos.....

— Basta, me muero, me ahogo, rugió el hombre— ¡mi espada! ¡mis soldados! ¡arriba! ¡en marcha! ¡al ataque! ¡a la victoria!

Y salió de la estancia, gritando, ebrio, furioso, loco, delirante, con los ojos como ascuas, las venas hinchadas, la lengua reseca, poseído de todos los furores de la concupiscencia.

Satanás recobró su forma, abrió sus negras alas y se lanzó al espacio, murmurando: Yo caí por ansia de ser Dios; este cae por ansia de ser cerdo. ¡Salud al vientre!

Y su insultante carcajada se perdió entre el estruendo de la fusilería.

LA LÓGICA DE LAS TINIEBLAS

El bien, produce el bien, y el mal, el mal, he dicho alguna vez. Dios no se contradice; El ha ordenado que toda semilla germine, y que produzca siempre el mismo fruto. Así en lo moral. Y es de tal manera inflexible la Naturaleza, que a pesar de todos los esfuerzos y de todas las arremetidas de la voluntad, no sacaréis de una acción cualquiera, sino los resultados que necesariamente ha de producir.

No es lo mismo edificar sobre arena, que sobre roca; ni se funda lo mismo sobre la luz que sobre las sombras.

Si pensáis que en servicio de una gran causa; que por realizar altas miras podéis valeros del soborno, de la traición, de la ingratitud, de cualquier medio infame; y que ya vencida la necesidad, arrollado el obstáculo, volveréis fácilmente al sendero de la justicia, andáis errados. Cuando se pacta con la noche, se aceptan de antemano todas sus oscuridades.

He oído decir a muchos: *"una revolución debe*

contar con toda clase de elementos, valerse de todos los medios, hasta triunfar, porque en la lucha contra el mal todas las armas son legítimas." Otros dicen: *"tal gobierno ha nacido impuramente, es verdad; pero ¿no podría enderezarse? Si quiere, si pretende realizar el progreso, lo hará. Así, pues, ayudémosle."*

¡Mentira! Si eso fuera posible, yo dejaría de creer en Dios. Todo criminal, desde el momento en que ejecuta el crimen, está corriendo tras el castigo, porque en el encadenamiento misterioso y fatal de las cosas, el más pequeñito eslabón ejerce su influencia, insignificante al parecer, pero trascendental en el fondo.

La Naturaleza practica la usura: da, pero recobra; empresta, pero no perdona jamás el rédito. Así, si para vuestros actos le habéis tomado una úlcera naciente, exigirá que se la devolváis engusanada. Ocupáis a un ladrón, ya estáis comprometidos con el robo, y pagaréis; ocupáis a un traidor, la traición será vuestra cómplice de todos los días, y si la rechazáis, os derribará.

Sí, gracias a ti, Dios mío, las tinieblas tienen su horrible lógica, el caos tiene sus leyes, y

esta monstruosa legislación del mal es precisamente lo que constituye vuestra providencia y vuestra justicia.

Escrito esto, dícenme que en una República centroamericana, un jefe militar se ha sublevado contra su Gobierno. ¿Hasta cuándo la triste costumbre de que los militares en servicio hagan armas contra sus superiores? Y digo triste, porque ya me canso de asquerosos calificativos.

¡Qué vida ésta, qué política ésta, de cohechos, de sobornos, de traiciones, de infamias!

¡Qué honda enemistad la nuestra para con la honradez, como si aparte ella, fuera posible fundar nada sólido, nada estable!

Abstengámonos.

Si los tigres no se hallan bien en la cueva, que se despedacen; tanto mejor. Pero nosotros, no asintamos sino a una revolución de principios, pura, regeneradora, que acabe de una vez para siempre con tanta desvergüenza y con tanta farsa.

Yo digo a la juventud: cuando suene tu hora, hazte matar, sucumbe, sacrifícate; que nunca

se hace bastante por la patria. Y tu hora habrá sonado, cuando aparezca un hombre limpio de conducta, aborrecedor de los senderos tortuosos.

No fundéis sobre arena. La luz no es hija de la noche. No sembréis el germen impuro al pie del árbol de la redención, porque una partícula de sombra, basta para entenebrecer el arcoiris; porque una gota de cieno, una sola gota de cieno vertida en el agua de la purificación, puede traer la pestilencia y la muerte.

Dios lo ha dispuesto así.

No pactéis con la noche, porque la noche tiene su lógica y su poder inexorables.

AYUDATE

Los pueblos perecen y se salvan del mismo modo que perecen y se salvan los individuos. La voluntad, este misterioso poder genitor de milagros, es la muerte o la vida, según el uso que se haga de él.

¿Qué haremos —dicen los que temen romper sus cadenas—, qué haremos, si hay millares de soldados, si el tormento reina por todas partes, si el espionaje cunde? Por fuerza hemos de someternos.

Exageráis. El despotismo no alcanzaría a ser tan monstruoso si encontrara la menor resistencia; el poder de un tirano no llega nunca al extremo, allí donde hay hombres que no han descendido al último grado de la vileza o del idiotismo.

El derecho siempre ha contado con un amigo: la protesta. Cuando tenéis los brazos atados, la boca amordazada, los pies cargados de cadenas; cuando parece que toda esperanza se os va, aún hallaréis medio, si queréis, de

alzar vuestra censura, y cada vez que la omitáis, haced cuenta de que ya sois cómplices.

Quisiera yo saber qué esbirros van a violentaros para asistir a las fiestas de vuestros amos; quisiera yo saber a quién han castigado porque no compra los papeles-incensarios que entonan himnos a los verdugos; quisiera yo saber cuándo peligró vuestra vida o vuestra hacienda porque no abrías los brazos a tanto aventurero que explota esa tierra desgraciada.

Repito que exageráis.

Yo no soy espía, dice éste, por consiguiente cumplo con mi deber; yo no he ayudado a que éstos se eleven, dice otro, así es que estoy limpio; yo no adulo a nadie, dice aquél, no puedo hacer más. ¿Qué habéis de poder? Para poder, es preciso querer, y para querer, no sentir el ruin apego de las cosas pequeñas.

Un nuevo cortesano llega de no sé dónde. Al día siguiente por la mañana, está echando a puñadas el incienso; por la tarde, la señorita encopetada, el caballero de buen tono, van con el advenedizo, orondos, triunfantes en tan honrosa compañía.

El comerciante a quien le acaban de arrebatar a palos el dinero, envía sus anuncios al periódico que le ultrajó ayer o le ultrajará mañana; el estudiantito que presume de liberal, va con sus ensayos a que se los publique el pasquín del Gobierno; el poetejo o el escritorcín que echan pestes contra el diputado canalla, no ven inconveniente en atenderle, en agasajarle donde y cuandoquiera que le encuentran; la sociedad literaria o científica compuesta de hombres puros, busca, acepta, acoje a los que están viviendo de su desvergüenza.

Así es como esos saben cumplir con su deber.

¡Ah! qué tiranos tenemos, gritan.

¿Pues qué otra cosa merecéis, hombres necios, que ni siquiera os atrevéis a no sonreír delante de vuestros capataces?

La Libertad no se pide de rodillas, ha dicho alguien. La frase no reza con todos: fuera pedir lo imposible; pero para hacer algo más tolerable y llevadero el despotismo, bastaría tener alguna dignidad.

Una noche estaba yo en un baile. Los concurrentes eran todos oposicionistas

rematados. A media noche se cuelan dos de los tipos más desvergonzados, más despreciables que el Vientre emplea para su mayor honra y gloria. ¿Y qué pensáis que sucedió? Verlos entrar y hallarse rodeados de *caballeros*, y disputárselos las señoritas y hacerles arrumacos y comérselos en cariño, fue todo uno.

¡Y si empezara yo a contar de estas cosas! No contaré, pero sí he de decirles a todas esas pispiretas, que la misión de la mujer no estriba sólo en rizarse el cabello y adobarse de menjurjes; que cuando los hombres peligran, ellas están fuera de riesgo, y que cumplen muy mal con Dios, con la Patria, con ellas mismas, haciéndose honradoras de la canalla, compañeras inseparables de cuanto advenedizo llega a tomar por asalto lo que sólo se debe a los méritos de la inteligencia y de la honradez.

En una fiesta dada en el Teatro Nacional, uno de los hombres más tontos y también más perversos, un jayanote encumbrado por las comadrerías de la fortuna, se ha parado a medio salón y ha dicho esto: *"yo me paso a los enemigos de El Salvador por aquí"*, a

tiempo que levantaba una pierna y con la mano hacía el ademán más repugnante que puede ocurrirse a un palurdo.

Yo pregunto a esas mujeres, en nombre del pudor y de lo que deben a sus hijos: ¿cuántas de ellas se retiraron indignadas? ¿Cuántas de ellas han rehusado volver a las orgías conque a diario consumen los histriones el trabajo de ese pobre pueblo?

¡Ya se ve! ¿Cómo exigir de las mujeres, lo que los hombres no hacen; cómo esperar la salvación, de los débiles, cuando los fuertes están ahí, lame y más lame los pies inmundos del tirano!

No, así no se logra tener a raya a los pícaros; así no se contienen los avances de la tiranía; así no se constituyen naciones ni se obtiene el respeto de los demás pueblos. Así se ayuda a la infamia; así se coopera al reinado del mal; así se labra y se precipita la muerte de las sociedades.

¡Pueblo, ayúdate! Detente en ese tortuoso sendero, avergüénzate de tus faltas; medita en tu suerte y no esperes la salvación de los extraños, cuando sólo de ti depende. Quien

sin ajeno auxilio no se regenera, ya está muerto; el que pide socorro, se busca un amo; el que no confía en sus propias fuerzas, sucumbirá, porque es ley de Dios que sucumban y desaparezcan los incapaces de elevarse por sí mismos.

Si tienes alas, vuela; si no quieres volar, cae, y piérdete en la muchedumbre de las cosas oscuras.

FRASES

Ningún progreso es bastante a justificar la violación de un derecho. Ni en el arte ni en la ciencia ni en la industria hay conquistas bastante valiosas para comprarlas a precio de libertades muertas.

Y luego, ¿hay en verdad progreso cuando se salta por sobre la justicia?

Lo que constituye el mérito de los triunfos humanos, es la probabilidad de su duración. La estatua que erige un déspota, otro déspota puede derribarla; la escuela que abre un tirano, puede otro tirano cerrarla; la línea férrea que construye un monstruo, otro monstruo puede hacerla pedazos. Pero la estatua, y la escuela, y la línea férrea, están ahí, permanentes, brotando beneficios cuando son creaciones de la libertad, porque la libertad sabe defender lo que funda.

La tiranía progresista, el despotismo que perfecciona, es algo que la Historia está desmintiendo a cada paso. Y es que el

despotismo, aun cuando sea el más suave, mata la parte moral de los pueblos, atrofiando la voluntad, y atrofiada la voluntad, está perdido el derecho, y perdido el derecho, todos los progresos son inaceptables, porque les falta el sello humano.

Creer que el tormento, la fuerza, el ultraje; creer que abofetear, desollar, quemar, asesinar, sean los medios racionales y convenientes para cumplir el perfeccionamiento de las naciones, es algo que más que de refutación necesita de tremendo castigo.

Sucede a veces que un pueblo viejo, cansado, gastado, corrompido, cae en manos de un hombre fuerte y puro; que este hombre, asumiendo la responsabilidad ante Dios y ante la Historia, destruye todos los obstáculos, vence todas las resistencias, arrolla todos los estorbos; se coloca fuera de lo legal, rompe con los procedimientos regulares, camina por sendas que sólo él conoce, y presenta, al fin, como resultado de su tarea, salvado, regenerado, purificado al pueblo que se estaba muriendo.

Son los grandes dictadores.

Pero esos, si violan lo legal, lo usual, lo aparente, respetan el fondo, lo verdadero, lo justo. Ellos no roban, ellos no se desviven por inventar tormentos, ni hacen cónsules a sus caballos, ni incendian a Roma, ni se alumbran con cristianos enresinados. Esos toman el hacha, y cortan de un golpe cabezas de rebeldes o de culpables.

Van contra la ley, no contra la justicia.

Hay gran distancia de un gran dictador a un tirano vulgar, por más que ambos sean providenciales.

Y ya lo dije: son los pueblos corrompidos los que necesitan de esos tremendos reformadores; no los pueblos jóvenes en quienes el amor a la libertad y el sentimiento de la justicia están vivos. Latentes, si se quiere, pero vivos.

Creedme: el progreso que tiene la sanción de la Historia, el que necesita la Humanidad, el único durable y provechoso, no se funda jamás sobre el crimen; antes bien está cimentado sobre el derecho.

Es como un grande monumento que tiene por remate la libertad, y por pedestal la justicia.

Así es.

¿QUIÉN ES EL CULPABLE?

No neguéis que la Naturaleza se equivoca. Hay hombres fortuitos, con todas las exterioridades de la especie, pero con síntomas visibles que acusan algo que no es el hombre, un ser diferente que lucha y forcejea por manifestarse al través de una envoltura inadecuada.

No hay que hablarles de transmigración a los sabios. La metempsicosis es un devaneo, dicen. Y yo no censuro a la ciencia porque rechace una teoría; pero cuando esa teoría pretende explicar una serie de fenómenos, al mismo tiempo que la rehusa, debe buscar otra.

¿Negaréis que en algunos hombres todos los instintos humanos están sustituidos por instintos de bestia? ¿Negaréis que esa sustitución alcanza a veces hasta lo puramente exterior, hasta la fisonomía, hasta los movimientos? Agregad a esto que ni siquiera puede explicarse tal fenómeno por la herencia fisiológica, pues frecuentemente se rompen

todas las leyes de la herencia. Los dos tiranos que sabéis, en nada se parecen a su padre, en nada, por manera que tal paternidad tiene todos los visos de un hecho casual.

Si damos alma al hombre, de justicia la admitiremos en los demás animales. ¿En qué momento, bajo qué influencia se encarnan los espíritus en las formas corpóreas? ¿Qué leyes misteriosas determinan la incrustación de un alma en un organismo cualquiera? ¿Es imposible que un espíritu inferior alcance la forma que corresponde a especies superiores?

¿Quién lo sabe?

Con todo, los hechos están ahí: examinad a un hombre, y veréis aparecer en él todo lo que caracteriza a un lobo; estudiad a otro, y hallaréis que a su fisonomía se está asomando un perro; mirad al de más allá, y temblaréis al adivinar en sus ojos y en su actitud todo el sanguinario disimulo de un tigre.

Yo, aún penetrado de la santa ley cristiana que impera ver a un prójimo en cada uno de nuestros semejantes, no puedo, en presencia de ciertos hombres, dejar de hacerme esta sombría pregunta: ¿será éste mi hermano? Y

a veces, una voz que tiene todas las misteriosas inflexiones de la noche, el acento revelador de los arcanos más profundos, una voz que no quisiera oír porque me parece la contestación del abismo, me dice: ¡no!

Estas dolorosas consideraciones originan no sé qué extraña clemencia en los pensadores, no sé qué rebajamiento de la cólera en los justicieros, cuando se trata de grabar el sello de la infamia en las espaldas de los que oprimen a los pueblos.

Hasta dónde son responsables estos infelices? ¿Qué cantidad de yo hay en estas bestias fracasadas? Fatales, por una parte, en cuanto poseen arrastradores instintos de maldad; providenciales, por otra parte, en cuanto son plagas que despiertan las energías de los oprimidos. ¿Qué vienen a ser, en suma, estos engendros de la sombra?

No sería más justo echar todo el peso de la ira sobre aquellos que les toleran y ayudan? En el fondo, ¿qué es la tiranía? Un resultado, un efecto. Su causa, el cieno latente de las agrupaciones sociales.

El Vientre, (nuestro señor y amo por la gracia

de Satanás) traidor y parricida, víctima de los furiosos asaltos de la carne; que no puede ser bueno, porque el demonio del alcohol le aprieta entre sus garras; que no puede librarse de ese demonio, porque le matarían los remordimientos; el León (el otro pícaro) que mata sin cólera, que asesina sin saber por qué, que abofetea a sus amigos y les acaricia en seguida; que roba sin descanso; capaz de todo, según el momento; malo, bueno, feroz, compasivo, cobarde, temerario; extraño conjunto de mono, tigre y hombre, como es extraño conjunto de hiena, lobo y hombre su infeliz hermano.....

Repito: ¿hasta dónde son responsables estos desgraciados?

Los congresos que los sancionan, los escritores que los ensalzan, los guerreros que los defienden, el pueblo, el pueblo todo que por aberración inexplicable no derriba de un soplo a esos murciélagos que reinan: he ahí los autores, los únicos autores de su propia vergüenza y de su propia desventura.

Cuando un pueblo ha caído en semejante estado de postración, contra los deseos del

patriotismo, contra las esperanzas en la justicia, contra todas las resistencias que lo que vive opone a la muerte, contra todas las afirmaciones de la voluntad, contra todos los imperiosos mandatos de la conciencia, se levantan en el alma del pensador los sombríos lineamientos de un sepulcro que está diciendo con voz inexorable: ¡perded toda esperanza! ¡Ese pueblo me pertenece!.....

CARTA

A A. Ambrogi

Estoy de plácemes.

Hoy, agobiado por la tristeza, me disponía a vagar por las calles, como lo hago siempre que el fastidio me asalta.

Al salir, por casualidad veo tu nombre en un periódico. Pregunto al que lee, y me dice: es *Rafael Núñez*, por Arturo Ambrogi.

Y me entristecí, y se me llenaron los ojos de lágrimas, y aun asomó a mis labios la sonrisa amarga del desdén.

¿Comprendes?

Porque tú, cultivador de rosas y lirios, enamorado de la nieve, panegirista de las nubes grises, aplaudidor de las cigarras, ¿qué ibas a decir de semejante hombre?

¡Ah! pensé, dirá que es el maestro, el cincelador clásico, el poeta solitario.....

Yo, que tengo al decadentismo como hijo de la pereza intelectual; yo, que no concibo el triunfo escultórico de la palabra ahí donde hay algo que pide la protesta; yo, que maldigo al cielo que se ostenta sin nubes sobre los desdichados y al arcoiris que se asoma a contemplar la infamia; qué sorpresa, qué rejuvenecimiento de esperanza, de fe, de energía no habré sentido al ver que tú, niño adorador de lindas pequeñeces, te alzas con la flecha en el arco, pronto a dispararla contra los enemigos de la libertad.

Y tú sabes que no es mío el exclusivismo. Detesto las escuelas, porque van derecho a la estrechez y al orgullo. La duda es el único estado que conviene a criaturas contingentes. De la duda nacen la tolerancia y el eclecticismo. El eclecticismo es la verdad.

Sí, es bueno cantar, como también es bueno reír. El canto alivia y la risa fortalece. Pero también es bueno llorar y asimismo maldecir.

Sólo los muertos no protestan. De hacerlo, resucitarían.

Porque es la lucha contra la ignorancia la creadora de la luz, y la protesta contra el vicio

la generadora de la virtud, y la embestida contra la opresión la genitora de la libertad.

Job y Prometeo: no hay más.

¿Qué has hecho tú? De niño te vuelves hombre; de trovador, luchador. Tus trinos se han transformado en pensamientos.

Has llorado, ya tienes derecho a reír y a cantar.

Sí, la pluma tiene filos como la espada y la tinta mancha como la sangre, y la palabra vuela y destroza como el plomo. Abofetear a la canalla, vivir de odio contra los inicuos, amontonar el oprobio sobre los reptiles usurpadores de las cumbres, vengarse, vengarse eternamente de las charcas que andan: esta es la sagrada encomienda.

Has hecho bien.

Pero este primer paso, trae el miedo cuando se piensa en que es una consigna que sólo se levanta con la muerte.

Atacar hoy e incensar mañana, es la mayor de las vergüenzas, la más triste de las apostasías.

Con el mal no hay treguas, ni hay avenimientos con la noche, ni pactos con la enorme llaga

humana. Porque un déspota es todos los déspotas, porque la justicia no tiene fronteras, ni la libertad cambia con los climas, ni el derecho sabe cómo viven sus defensores.

Tras el carácter están la calumnia, el destierro, la prisión, el sepulcro algunas veces; el hambre siempre. Protestar es padecer. ¡Oh! aquí no hay descanso: se llora, se duda, se maldice, se blasfema, se ruge, pero se anda, se anda siempre camino del Calvario, porque el Calvario es el término inevitable, fatal.

¿Qué has hecho?

Abandonar tu jardín, abrir la jaula a tus sensontles, meter en un rincón al chiquitín Pierrot, callar a la ardiente cigarra y venir a sentarte en el estercolero para entonar el eterno himno de maldición..... ¡esto espanta! Aquí es el reino de la noche: ¿quieres entrar?

No entres, no es para todos el martirio, ni todas las bocas pueden apurar el cáliz. ¿Qué se te pide? No marcharte. Ríe, canta, juega, cuida de tus pájaros, mima a tus pequeñuelos, esclaviza a la Palabra y haz con ella sartas de diamantes o collares de amapolas. Cuando te sientas audaz y fuerte, ataca; si débil o abatido, descansa.

Pero nada de músicas para los oídos impuros, ni de sonrisas para los tigres, ni de canciones para los reptiles. Sería una desgracia, sería horrible.

Por ahora, estás de triunfo: la conciencia puede discernirte sus alabanzas. (*)

(*) **Nota:** Con la muerte de Núñez, el viejo Presidente de Colombia, ha venido una reacción en su favor. Los rencores se debilitan, los odios se apaciguan, y los elogios al gran talento del político acallan las censuras al tirano.

En cuanto a mí, estoy bien con mi conciencia al ratificar lo que dije exaltado por la pasión, ahora que la muerte de ese hombre me impone el deber de la imparcialidad.

Creo que los escritores americanos deben hacer causa común, y atacar sin descanso a los déspotas, sean quienes fueren, tengan o no tengan talento. Las cadenas de un pueblo tanto oprimen remachadas por un sabio, como por un bestia.

Creo que el Arte no tiene derecho para andar absolviendo en nombre de la Belleza, a los enemigos de la Humanidad. Ignorantes o ilustrados, poetas o burgueses, los déspotas caben bien en la gehena de la Historia. Por mí, que vayan al Infierno todos.

Mosaico

TRAGEDIA

Escribir es a veces un deleite; otras, provechoso ejercicio de la inteligencia. Pero he aquí un caso en que los rasgos de la pluma son como heridas que uno mismo se da; en que el entendimiento trabaja dolorosamente a impulsos de la duda, escollo siniestro que detiene o despedaza las esperanzas y las convicciones.

Cerca de mí se perpetra un asesinato, una tragedia horrible y sombría que yo no quiero evitar por no cometer atentado contra los derechos del verdugo al defender los de la víctima.

¡Los derechos del verdugo!... ¿habéis oído?

En la red de una araña acaba de caer una hormiga. Estudiad a los actores de tal drama y veréis cómo no se encuentra nada más misterioso. La araña, débil, cobarde, solitaria, insociable, de limitado instinto, de aspecto repulsivo, atrayente sólo en cuanto es miserable y perseverante. La hormiga, el

insecto rey, activo, sociable, tenaz, industrioso, capaz del sacrificio y del heroísmo.

Ahora: estos dos seres, ¿son dos almas? ¿Tienen igual derecho a la vida? La incontestable superioridad del segundo, ¿no exige una pronta intervención a su favor? ¿Es bueno o es malo permanecer neutral en esta infame lucha, en la que inteligencia, fuerza y energía están dominadas por esa malla pegajosa, que no es sino una tradición materializada?

*

¡Qué sacudidas! ¡Qué contorsiones! ¡Qué saltos poderosos! ¡Qué manifestación suprema de la excelencia del organismo puesto en acción para desasirse de las odiosas hebras! Esfuerzos inútiles; toda esa cólera del ser que va a morir como ha vivido, luchando, es vana.

¿Qué hace, entretanto, el cazador? Espera, sin impacientarse, el abatimiento de su presa. Su tela lo hace todo, y contra esa tela, cualquier esfuerzo está demás. Hay en ella una tenacidad que pasma; en su delicado tejido se

esconde una como inteligencia. Necesidad imperiosa de matar el hambre, supremo instinto de la vida, resistencia tenaz a la desorganización; ahí están en esos filamentos salidos de las entrañas del solitario animal.

*

La lucha parece terminada; mas de pronto la hormiga se agita en convulsiones espantosas: sus patas golpean los hilos con increíble furia; las antenas oscilan, avanzan, se estiran, se recogen, buscando al enemigo; las tenazas, atentas a esta exploración, dan terribles dentelladas, cortan a derecha e izquierda, rompen, destrozan, arrollan. Nada resiste a los esfuerzos del moribundo, va a salvarse, va a salir de su asquerosa cárcel, va a quedar libre, en fin, medio muerto pero triunfante. ¡Ah! ¡Es la crisis que precede a la muerte! La araña lo sabe. Acércase cautelosamente y empieza a trabajar. ¡Y qué trabajo tan odioso! Por cada hebra que se rompe, una nueva envuelve a la hormiga, y ésta se ensaña contra sí misma, triturando sus patas y antenas con las poderosas mandíbulas, movidas con desesperación en los paroxismos de la muerte.

*

Todo ha concluido: el más valiente, el más poderoso está a merced del más cobarde, del más débil. Y esto se ha consumado cerca de mí, tan cerca, que a un mismo tiempo he visto los movimientos de mi pluma y la dolorosa agonía del prisionero.

Ahora bien: en vez de estudiar y referir el drama, ¿no hubiera sido mejor el evitarlo? He aquí el problema.

¿Qué es la hormiga? ¿Qué es la araña?

Dos seres: el uno débil, el otro fuerte; cobarde éste, audaz aquél; admirablemente organizado y de finísimos instintos el primero, deforme y rutinario el segundo. ¿Quién de los dos merece más providencia? ¿Es justo que por sólo tener un derecho común, el derecho a la vida, la fatalidad ejerza sobre ellos en grado igual su abominable tiranía?

La hormiga es herbívora; destruye seres inferiores y no esquiva el combate; arrolla los obstáculos con su incomparable energía y todo lo adquiere por derecho de conquista; salteador admirable y temerario, disputa al hombre

mismo las más preciosas flores de los jardines para abastecer sus graneros.

La araña aliméntase de seres vivos que roba de manera innoble; su vida es una traición continua; aun el amor es para esta desheredada de la Naturaleza, goce de un momento seguido de la muerte del amante, a quien sacrifica acaso por no compartir con él el fruto de su trabajo; ella, en fin, simboliza la miseria que vuelve malas a las criaturas. Que caiga en su trampa una mosca, un gusano, que caigan esos pequeños seres últimos eslabones en la cadena de los vivientes, bien está. Entre el verdugo y sus víctimas no hay gran distancia. ¿Pero la hormiga?.....

Acaso era la más anciana de la tribu; alguna fundadora de la colonia, miembro utilísimo, tal vez jefe de una bien gobernada sociedad. Había salido a explorar el campo y regresaba satisfecha, prometiéndose una recolección abundante a la próxima noche; pero el destino, el inexorable destino la llevó por extraviada senda hasta dejarla presa en la traidora malla.

¿Qué hacer? ¿Salvarla? ¿Quién más que ella tiene derecho a vivir? He aquí la duda, he aquí

el escollo donde corazones e inteligencias se detienen, unos para negar el orden y la providencia, otros para encerrarse en la resignación dolorosa que les impone el misterio.

Dios creó la hormiga; Dios hizo la araña.

Yo quisiera libertar a aquélla, mas quizá ésta perecería de hambre.

Las dos tienen derecho a la existencia.

¿Qué hacer?.....

DE EZEQUIEL

Paráfrasis

Así dijo Jehová: Esta es Jerusalén, la que yo establecí como reina en medio de las naciones, la que yo adorné con todos los dones de mi mano.

Mudaste mis juicios y mis leyes en impiedad, desechaste mis mandamientos y saliste de la senda de mi justicia.

Por tanto, heme aquí que estoy contra ti, y te someteré a juicio.

Y haré en ti lo que nunca hice ni haré jamás, porque tus abominaciones han llegado hasta mi trono.

¡Ay de ti, ciudad ingrata y olvidadiza! ¡Los padres comerán a sus hijos, los hijos comerán a sus padres, y mi diestra aventará sus cenizas!

Porque has violado mi santuario con tus abominaciones, yo te quebrantaré; no cerraré mi ojo sobre tu maldad, ni de ti habré misericordia.

Pestilencia y hambre, terror y espada, muerte y desolación caerán en tu recinto; ¡como huracán esparciré tus restos!

Todo mi furor acabaré en tu daño, porque yo soy Jehová que venga a la inocencia y castiga a los inmundos de corazón.

Te volveré desierto; serás vergüenza de los hombres y deshonra y espanto de la tierra, porque mi palabra ha caído sobre ti y es fuego.

Y tus altares serán desolados, y tus imágenes serán quebradas, y tus palacios serán destruidos, y tus casas serán abatidas, y el llanto de tus moradores, sangre, y sangre el alimento de ellos, ¡porque sangre de inocentes está clamando mi venganza!

Y se acordarán de mí, los que de vosotros escaparen entre las demás naciones; que en ellas serán cautivos, y andarán confusos delante de los buenos, y avergonzados, porque yo puse en su frente el sello de su iniquidad.

¡Ay de las abominaciones de los hijos de Israel!

El que estuviere lejos, morirá de pestilencia; y el que estuviere cerca, caerá con espada; y el

que quedare, morirá de hambre, y cumpliré en ellos mi enojo.

Y sabrán que yo soy Jehová, cuando sus muertos estén en medio de sus ídolos y en derredor de sus altares y en la cima de los montes y en lo alto de las murallas y bajo los árboles sombríos y en el lecho de los torrentes y en los quiebres de las montañas, porque yo he tocado en lo inmundo de sus corazones y han temblado al soplo de mi cólera.....

DUELO

Gracias que yo tengo el corazón penetrado de Dios y de su providencia, si no me echaría por lo más hondo de la duda.

Porque el orden, la justicia, la lógica de las cosas, no se ven sino de tarde en tarde, y esto, cuando han sido despedazados por todos cuantos han sido despedazados por todos cuantos son servidores de ese negro déspota que se llama el mal. Los malvados medran, los buenos padecen, los pícaros alcanzan larga vida, los honrados se van; los sencillos llevan a cuestas pesadas cruces; los perversos, desembarazados de la enorme carga de la vergüenza, andan triunfando por el mundo, haciendo una víctima de cada hombre sin manchas. Dios lo ha dispuesto así: suplan la resignación y la fe por la sabiduría, pequeña para alcanzar misterios tan profundos.

*

Allá en Nicaragua, país para mí de recuerdos tristes y gratos, acaba de morir Benito Ortiz,

hombre raro: raro por su caridad, por su bondad, por su sencillez de corazón.

Si su muerte sólo tuviera que ver con la orfandad moral en que me ha puesto, yo me estaría metido en la soledad y en el silencio, santificando mi dolor con el sufrimiento; yo no expondría a aquel desconocido a ser profanado por las burlas de los extraños; yo no diría a nadie que una vez en que mi ánimo desfallecido me estaba empujando hacia la muerte, se me apareció él como ángel de mi guarda a darme pan para el cuerpo y cariño para el alma; yo no contaría los cuidados de padre, la ternura de hermana de la caridad, los mimos maternales empleados para sosegar mi espíritu desequilibrado; yo no contaría..... ¡ah! lo que aquel hombre era para los desgraciados, no es fácil de decir. Y en fin, ¿a quién le importan los beneficios por mí recibidos? Yo sé que no tengo el corazón plebeyo, y basta.

Lo que hay aquí de necesario para los demás; lo que yo tengo obligación de referir, es que ese hombre, niño desamparado a los diez años, sin luces, sin amigos, sin más apoyo que una pobre madre desvalida, pudo, por

medio de su trabajo, por medio de su constancia inquebrantable, labrarse una cómoda posición; que su vida toda, fue culto nunca interrumpido a su viejecita; que su casa era el refugio de los errantes sin pan; que su mano era el sostén de los débiles; que su corazón era tesoro de cariño para los huérfanos; que su alma estuvo siempre al servicio de Dios y de los desgraciados.

¡Y estos hombres se mueren! ¡Y estos seres luminosos se eclipsan! ¡Y estos cristianos verdaderos desaparecen antes de tiempo! ¡Y estos predestinados, que debieran estar siempre sirviendo de ejemplo y de guía a sus semejantes, pasan como exhalaciones en cielo sombrío y tenebroso.....!

Venid, vosotros los ladrones, vosotros los ebrios, vosotros los traidores, vosotros los robadores de honras, a ver si dais razón de haber vivido tanto, de haber crecido tanto. Tenéis el alma podrida, y ostentáis la frondosidad de la encina; tenéis la conciencia fangosa, y aparecéis con la majestad del mar; tenéis monstruos en vez de ideas, y el mundo se da a vuestras palabras.

Vivid, pues, medrad, creced, atesorad, extended las zarpas sobre el Universo, hasta cuando el dragón sea precipitado a lo invisible del abismo.

Los buenos, esos son los que estorban, los que dañan al reinado de la iniquidad. Que se vayan.

*

Esta pobreza que con tanto orgullo sobrellevamos los tontos, es causa de que muchas veces demos indicios de ingratos y descorazonados. Dios sabe que el mejor de mis triunfos, fuera volver allá a servirle como hijo a aquél, que fue mi segundo padre. Por lo menos, diérame por satisfecho si, andando los años, la hermosa mentira que llaman gloria, apresada por mis esfuerzos, sirviera de recompensa a sus afanes. Pero nada: ha muerto sin saber lo que mis esperanzas le guardaban; ha muerto con el tedio de los sacrificios inútiles, y ¿quién sabe? tal vez con el negro desaliento de los beneficios olvidados.

¡Pero qué! ¿Acaso no se encuentra del otro lado del sepulcro la visión clarísima de las cosas? ¿Acaso los muertos carecen del don

de leer en las conciencias de los sobrevivientes?

De cierto que él me está mirando, escondido entre las brumas de lo invisible; está leyendo en mi pensamiento; acaso está inspirando mis palabras, refortaleciendo mi alma con el recuerdo de sus virtudes, ahuyentando mis dudas, confortando mis creencias en el triunfo de la justicia, ungiendo mi cabeza con el óleo de los luchadores por el bien, reforzando y santificando mi odio contra los adoradores de la mentira.

Me mira, sí, me mira: está conmigo a toda hora; levanta con su fría cabeza la piedra del sepulcro y me grita: sé bueno: esta es mi recompensa..... Lo seré.

ASHTÁ

— ¡Ashtá, ashtá!.....

— Calla, pobrecita, ¿qué quieres?

Los niños no debieran llorar. ¿Para qué?, si ellos no tienen dudas, ni dolores, ni fango en el alma.

— Oye muchachita: estás así muy fea; lo que te cae bien, es la risa loca e interminable, el chillido, el grito alegre.

— Ashtá, ashtá.....

Por Dios que tiene razón la pequeña: todo el día se lo pasa tirada por el suelo, arrastrando su endeble cuerpecito, sin tener por suyos ni un momento los amorosos brazos de la madre. No es para ella el mimo; no es para ella la dulce caricia; no es para ella el divino canturriar a cuyos ecos doblan la cabeza y cierran los ojos estos angelitos desterrados que llamamos niños.

— ¡Ashtá, ashtáa!.....

¿No oís esa queja? Ya está, dice, como si adivinara la cadena infinita de dolores que ha de arrastrar su vida miserable. ¡Profetiza de la desgracia, sus ojos escudriñan el porvenir, y tiembla en su corazón y se estremece en su pensamiento, y de su boca que ya probó el cáliz, brota ese grito doloroso que pide socorro! Pero la infeliz está perdida, y no hay para ella otro auxilio sino caer de rodillas, rogando al Cielo por su muerte.

*

Una noche, a la hora del rezo, la hermana portera oyó no sé qué vagidos ahogados; echóse a la calle, y a poco entró con un envoltorio en brazos.

— ¡Hermana Superiora! La Virgen nos envía un ángel; acerque la luz, que le vea yo y le coma a besos a este confite.

Corrió aquélla, y ambas iban a besarle... ¡Oh Dios! ¡Qué horror!.....

¡El confite, el ángel tenía todo el cuerpo granujiento y sembrado de pústulas!

Las santas mujeres apartaron los ojos inundados en llanto, y su voz temblorosa llevó

al Cielo esta súplica: *"¡Virgen de los Desamparados! Lleva, llévate a esta desdichada."*

La Virgen no se la llevó, y los médicos la salvaron, condenándola a ser presa del gálico, ¡un pedazo de carne podrida!

*

Tu padre, ¡ah! tu padre andará por ahí echando hijos al mundo, haciendo desgraciados, contento, satisfecho el monstruo, encareciendo sus hazañas a sus estúpidos compañeros.

Allá lo miro en el fondo de una taberna: los ojos encarnizados, la cara roja por el alcohol, narrando una aventura. *"Pues sí: tal noche como esta encontré a una... le pedí la patente, ja, ja, ja. Y el tuerce, hombre, ¡el tuerce! ¡Tuvo un hijo la maldita! ¡Vaya, suceden cosas! Quién sabe qué se hizo aquel demonio; no la he visto más."*

— Ashtáa, ashtáa.....

Tú eres un pequeño Job, más que Job desgraciada porque ningún ángel desciende a confortarte, ni hay quien pase a tu lado los días y las noches perdido en la meditación.

Si supieras hablar, ¡qué grito saldría de tu boca!

"¡Perezca el día en que nací!

¡Perezca el día en que a mi madre le dieron la patente de ramera!

¡No sea contado entre los días aquél en que la satisfacción de un torpe apetito echó sobre mis hombros esta carga!

¡Maldito el hijo de la lujuria que me engendró!

¡Malditos los que profanaron el amor y me sacaron del sueño eterno!

¡Pues ahora estaría olvidada en el silencio, y no pondría mi esperanza en los gusanos del sepulcro!"

*

¿Sabes lo que es un niño? Manjar apetitoso que comemos de mil maneras: a besos, a miradas, estrechándolo, aspirándolo como a una flor. La boca no conoce sensación más dulce que la de chupar dos manecitas rollizas y manidas, y los pies, los piececitos son a veces tan provocadores, que mucho puede la voluntad cuando evita cortarlos de una sola dentellada. Los niños..... a todas horas

queremos saborearlos, y a todas horas, en tanto sentimos su contacto salvador, no hay remedio si no que nos volvamos locos de alegría y nos sintamos buenos y nos vengan deseos de llorar y de bendecir a Dios.

A ti, ¡quién te podrá besar, quién habrá de estrecharte, a quién volverás loco; si tu aliento mata, tu vista horroriza, tus manecitas hieden y tu boca apesta! Te besará tu madre, pero en cada beso te inoculará el veneno, y en cada emanación de su aliento te bañará con el virus odioso de su sangre. Aun el amor huirá de tu corazón: temida de las gentes, despreciada, ¿quién podría amarte? Acaso, acaso otro infame como tu padre, aguijoneado por la ebriedad, ¡sentiría la parodia del amor y te daría hijos, que como tú, nacieran malditos!

Si vives, refúgiate en la ignorancia; no dejes romper esa égida tenebrosa, porque la luz sería para ti abismo de desesperación en donde sólo hallarías maldiciones para los hombres y blasfemias para Dios.

*

Mañana... mis ojos rompen el velo del porvenir y contemplan un cuadro tristísimo. Mira: por

entre las rejas de esa puerta, una mujer lanza miradas lujuriosas a los transeúntes; frente arrugada de donde el rubor huyó para siempre; ojos sin luz circuidos de ojeras profundas que oponen dique infranqueable a las lágrimas; el cabello, greña irreducible; en su pálido rostro resalta la rubicundez de las mejillas, como gota de sangre en la corola de una rosa té; su boca es hervidero de insolencias; el aliento, por su fetidez, enemigo del beso; la sonrisa, amarga y desdeñosa, está llorando la fe muerta en esa alma.

En su seno no lleva el billete del amante, ni el retrato de la madre, ni la bonita estampa de María con el Niño Jesús en brazos, ni el recuerdo de la amiga, ni el rizo cortado a la cabeza del hijo ausente. ¿Qué lleva? Un áspid: la patente de prostituta y la certificación del médico, garantía de su *aptitud*...

¿Y tú quieres parar en eso?

¡Ah! Tú no irás allí: Dios te envolverá en su misericordia y te llevará a la región purísima donde no hay lepra en los cuerpos ni en las almas.....

¡Así llevara a tantos desgraciados que sufren sin causa, frutos de la infamia que el Infierno echa al mundo en forma de imbéciles, locos e idiotas!

Ashtá, ashtá, ashtá.....

JUSTICIA

Cada hombre debe ser un juez

Los hombres de buen humor son bienaventurados. Envidiable privilegio el de esos que sólo perciben el lado favorable de las cosas. Gente que no se altera, gente que no se encoleriza, que a todos los atropellos, a todos los asaltos, a todas las embestidas opone el escudo de la indiferencia, está llegando al Cielo, si es que no ha tomado ya lugar de honor en el Infierno. Sí, el Infierno no ha de ser reino exclusivo de los malvados, sino también de los indiferentes, como que son ellos los cebadores de los vicios, los que crecen las alas a los ruines, los que prosperan la osadía de los perversos.

Podéis velar o dormir; pero si el sueño se prolonga, hallaréis, al despertar, que el sapo se habrá empinado sobre las alturas, en tanto que el cisne alicaído y sin aliento andará chapuceando en el lodazal; que la zarza imperará en los jardines, mientras la rosa ruegue hospitalidad a los matorrales.

¡Oh indiferentes! ¡Oh pesimistas! ¡Oh escépticos!

En tratándose de reprobar, el silencio sobrepasa, en ocasiones, los límites de la protesta; de tal suerte, que una boca muda pone más espanto que la palabra más enérgica. Pero no el mutismo que ríe, sino el que devora en secreto las lágrimas; el silencio que arruga el entrecejo, y grita con la mirada, y asusta con las facciones contraídas, y hace morir de temor con el vislumbre de las tempestades que oculta.

No me habléis de tolerancia, que tal virtud sólo hemos de tenerla para los ignorantes, para los que caen porque sus pasos van rodeados de oscuridad. A esos, el perdón, *porque no saben lo que hacen*. Pero a menos de poseer la naturaleza semidivina del Maestro, nadie haya cuentas con los empedernidos transgresores de la justicia. ¡Jesús, ah Jesús! Los esplendores de su mirada empalidecen al Sol; la dulzura de su palabra sosiega las tempestades del espíritu; la pureza infinita de su alma descubre manchas en los más limpios corazones. El sí tolera, perdona, y con su tolerancia acrisola toda

impureza, fortalece toda debilidad, cura toda llaga, humilla toda soberbia, cicatriza toda herida, desvanece toda niebla, trueca, en fin, la escoria de las almas en oro finísimo, y bañadas en inmaculada blancura las lleva a los pies del Todopoderoso. Si podéis igualaros a él, perdonad, tolerad; si no, sed austeros, sed inflexibles; que se oiga a través de vuestro silencio el fallo inexorable; que se vea en vuestros ojos el relampaguear del hacha que derriba los árboles podridos; que vuestra palabra sea la tempestad que arroja a las fieras en sus guaridas.

Os lo digo de una vez: hay que odiar, hay que aborrecer, hay que execrar; no a los pequeños, no a los oscuros, no a los pobres de espíritu; sí a los soberbios, a los que conocen el bien y obran el mal, a los de cerebro luminoso y corazón podrido; a los que con el arte y con la ciencia y con el poder y con la gloria y con la riqueza, erigen el sombrío pedestal en que se yergue altiva, coronada de sombras, la estatua del negro rey de las tinieblas.

¿La justicia legal, decís, la reparación dejada a cargo de las leyes? ¿Dónde está? ¿Dónde reina esa diosa para ir a rendirle mi homenaje?

¿Cuál es la fuerza de esas telarañas? Transcurridos seis mil años quizá sea tiempo de poner en manos de las leyes el desagravio de las iniquidades que hoy día gozan de toda impunidad. A la vuelta de seis mil años, sí tendrá la justicia legal tremendos castigos para los crímenes que al presente están fuera de su jurisdicción. Lo que es ahora, el ingrato, el traidor, el calumniador, el usurero, todos los infames disfrutan de regias prerrogativas; todos ellos pueden alcanzar a reyes de la tierra, como no se levanten hombres fuertes que les aplasten la cabeza. No me habléis tampoco de la sanción social, que si hay juez injusto, prevaricador sempiterno, la sociedad lo es. No, la sanción social, es la más odiosa de las mentiras. Que el ofensor se escude con la audacia, y todos le rinden tributo. La víctima, esa es la que sufre el vilipendio, la que cae abrumada bajo la montaña de risa de la plebe, y plebe es la inmensa mayoría de los hombres, y como plebe juzga, y como plebe falla mientras no asome quien pueda enderezar sus estúpidas sentencias.

Cristo formuló una máxima de todo punto inaplicable al modo de ser actual de la

humanidad. Llevarlo todo en paciencia, presentar la otra mejilla, rogar a Dios por el que nos escupe, no es sino el ideal que al correr de los siglos, sujetos los instintos de la bestia al predominio del espíritu, labrará el bienestar de los hombres.

¡Pero ahora!

La paciencia, la resignación, la humildad, no hacen sino aumentar la osadía de los verdugos, de tal suerte que quien se deja atar a la columna, puede hacer cuenta que ya va camino del Calvario. No es esto lo que se necesita; antes bien arrancar la lengua al que os escupa, o prepararse a quedar sepultados bajo un río de lodo.

Los faltos de inteligencia, los apocados de corazón, no harán, no podrán hacer sino presentar la otra mejilla. Los fuertes deben poner las cosas en su punto. La espada, la pluma, no se han hecho para juguete. La espada, arma de dos filos, está propensa a lesionar la justicia en vez de volver por su triunfo; la pluma también, gracias a los más viles entre los viles; pero esos no resisten la

embestida de un brazo fuerte; echarlos por tierra junto con los demás delincuentes, no es gran cosa para un alma bien templada.

Hombres: sed jueces; no transijáis, no toleréis, raed la podre, extirpad el cáncer. Ese es vuestro camino; por ahí, sólo por ahí llegaréis al término de la gran jornada.

¡Al final está Dios!

INVIERNO*

¿El triste, el crudo invierno decís?

¡Vaya! Triste para los pobres viejos cuyos miembros entumecidos piden el sol. Para mí también, que veo en la niebla la imagen de lo que llevo aquí dentro. Triste, sí, para vosotros los que escondéis en el corazón el cadáver del pajarito ensueño.

¡El hondo cielo azul en que no se halla la más pequeña nube; el aire cálido que hace vibrar los nervios y puebla la mente de visiones; el espléndido sol a cuya ardorosa caricia se abren las flores, y las yemas revientan, y la sangre palpita, y brota de las sedeñas gargantas la armonía, y se enciende en todos los pechos la llama del amor! La vida desbordándose en la naturaleza; los sueños desbordándose en el alma.....

¡Ah pobres viejos! Todo eso ha pasado para no volver nunca...

---

* Invierno se llama en Centro América la estación de las lluvias.

*

¿El triste, el crudo invierno? Preguntad a los niños, a ver si hacen caso del beso helado de la brisa, ni de los alfilerazos de la llovizna, ni de la monotonía de la niebla.

El buen anciano gasta con ellos muchos cumplimientos. Gracias a él abundan las ocasiones de no ir a la escuela.

— No vine, señor, porque estaba lloviendo.

¡Y si supiera el maestro, que a esa hora, precisamente cuando la lluvia caía a mares, andaba el arrapiezo, desnudo y sin zapatos, haciendo cabriolas en el patio de la casa! Estaba lloviendo; ¿cómo había de ir?

— Mamá, me voy a la escuela.

— Hijito, ¡así con esta lluvia!

— ¡Pero mamá! ¿Y si me castigan?

Y se va el muchacho, y la madre se queda haciendo lástimas de su hijo que, por no faltar, se expone a la lluvia y al lodo y al frío.

No tenga usted pena, señora. Si el día estuviera cálido y luminoso, sí sería digno de lástima, porque.....

Ahora no. Se mojará mucho, es cierto; irá en medio de la corriente, chapoteando, es verdad; quizá se llene de lodo hasta las orejas; ¿pero qué quiere usted? Es invierno, y por otra parte, todo eso está *previsto.* Además, *se sabe,* ¿entiende usted? *Se sabe* positivamente que el *maistro* tiene un catarro de mil diablos, y por consiguiente..... .

Si usted desea saber lo demás, lléguese al corredor de la escuela, y mire aquella pandilla de diablitos mojados hasta los huesos, saltando por sobre la acequia, construyendo diques, zangoloteando la cabeza para no sentir tanto frío en la boca repleta de granizos, cubriendo la corriente con numerosa escuadra de buquecitos.

¡Ah! cuando usted vuelva a casa, tenga cuidado de hojear el silabario y los cuadernos de escritura, a ver si averiguamos de dónde han salido los materiales con que se fabricaron aquellos gentiles barquichuelos que usted admiró, balanceándose sobre la corriente.

Cuidado con ir a castigar al niño, ¿estamos? No es tan caro el papel para que el pobrecito se prive de botar al agua cada día, una docena

de barcos. Cuando se acaben los cuadernos, ya veremos de dónde sacamos la materia prima. Es muy fácil: no hay más que coger un pedazo de calabaza bien seca, ovalarlo con el cortaplumas y abrirle tres agujeros en la línea central. Ahora, de carrizo, de caña brava, de cualquier cosa, se labran tres palitos que serán los mástiles, y en cada uno de ellos se amarra una banderilla azul o roja. Y ahí tiene usted un buque insumergible, capaz de echar a pique a toda la marina británica.

Si yo fuera usted, señora, premiaría a ese pequeño marino con tal diluvio de besos, que quizá le sacaría sangre.

¿Que se moja, que se enloda, que echa a perder los zapatos? Déjele usted, está en su derecho.

Y no me venga a mí con historias, que bien me acuerdo de cuando andaba usted, descalza y con un simple camisón, pasando revista a todos los charcos de la calle.

Mañana, ¡oh Dios mío!, mañana el niño será hombre, y sufrirá dolores infinitos, y tendrá el corazón lacerado, y el alma sin fe y no hallará más placer que el que le traigan los recuerdos

de su niñez, ¡ah!, cuando él hacía barquichuelos y recogía granizos y atravesaba las crecientes con sus piececitos desnudos.....

La lluvia ha cesado. Brillan las hojas como si estuvieran cuajadas de diminutos diamantes. El verde colibrí, semejante a una esmeralda que vuela, va de mata en mata, buscando las flores preñadas de néctar. En los sotos se oye el rro rro de los conejos que cortan la grama húmeda y fresca. Entre los matorrales se ven pasar a la carrera las ariscas perdices que lanzan a intervalos su ronco y gemebundo silbido. En el espeso bosque, el pito-real deja oír su sonante y límpido grito que contrasta con la plañidera voz de la alondra, mientras que las bandadas de tucanes hienden el aire con sus alas de fuego y los clarineros entonan sus vibrantes dianas y los torditos de ojos encendidos celebran danzando la fiesta del amor.

También los niños toman parte en ese concierto de luz y armonía. Se van al campo. De los torcidos vástagos del *chupa-chupa*, preparan los arcos; ahí cerca están los espesos cañaverales, ofreciendo para las flechas sus

varas tersas y lucientes que terminan en penachos de plata.

Listas las armas, a cazar, a correr por la campiña, a dar volteretas sobre la esmeraldina alfombra de grama, a buscar las colmenas en los carcomidos troncos.

*

Ya veis como el invierno no es triste.

De la niebla y del frío y del granizo, de todas sus inclemencias saca el buen viejo, placeres para sus queridos chiquitines.

¡Ay! Para vosotros, pobres viejos, que lleváis la niebla en la cabeza; para mí que la llevo en el corazón, ¡todo eso ha pasado para no volver nunca!

DUDAS

— En la naturaleza humana viven el asno, el mono y el tigre. Todo depende de quien se imponga.

*

¡Dios! Tú eres quien hace el bien y el mal; tú, quien infunde el pensamiento negro y la idea luminosa; tú, quien abre el abismo bajo las débiles barquillas; tú, quien da el triunfo al orgullo de la roca.....

*

La temperatura es responsable de muchas cosas.

*

Afuera silba el viento. Es el genio del huracán que pasa devastando la tierra.

¡Paso! Los robles se tronchan, las palmeras azotan el suelo como débiles cañas.

¡Ay de los nidos en que tiritan los pajarillos! ¡Ay de la choza en que el pastor repara sus gastadas fuerzas!

¡Ruina, desolación!..... Saldrá el sol y alumbrará el sombrío cuadro; ¡pero después! Los pantanos desecados, el aire puro, todo lo que la Providencia puede reparar. Sí, la naturaleza brota rosas de las mismas espinas, eslabona el mal con el bien, puede hacer de las lágrimas rocío fecundizador.

Pero estos otros huracanes de la conciencia, esta tempestad de la duda que todo lo asuela, que deja un desierto en donde había un paraíso, que convierte la soberbia cumbre en abismo aterrador..... ¡estas tempestades!, ¡estas tempestades!

*

Ser ángel o cerdo, es lo único que puede dar felicidad completa.

*

El orden, la suprema armonía, sí, es verdad; pero es destino de la gallina ser presa del gato, y toda la vida animal resuelve el problema del buche.

*

El deber, el entusiasmo, el fanatismo tropiezan siempre en esta roca: los intestinos. Y sin embargo, hay el grande arte de la naturaleza, y los paisajes que pinta el sol, y la ópera de los ruiseñores, y el sentimiento de la justicia en el corazón del hombre.

*

Toda altura es un abismo.

*

Engañar a Dios es también propio del atrevimiento humano.

*

El sol, la purísima luz que jamás se apaga, que no desmaya nunca; el querubín que vive del amor de Dios; el bien absoluto, lo eterno; este es, ¡oh humanidad!, el sueño de tu alma, éste el constante palpitar de tu corazón, ésta tu ansia infinita, tu locura sublime que crea los cristos, que hace vivir inconsolables a los profetas, a los genios, pobres soñadores que van por la tierra con su corona de espinas resplandecientes.

¡Qué lucha! ¡El espíritu arriba con sus arranques desesperados, con su tender de alas que devoran el infinito, y la carne abajo, en el lodo, con su irresistible anhelo por la bestia!

J. ANTONIO DELGADO*

Señores:

A poco de estar en Guatemala, cuando empezaban a caer sobre mi espíritu las nubes de plomo de la nostalgia, fuíme un día al cementerio a contar a las tumbas mis tristezas.

Discurriendo por entre los túmulos marmolíneos coronados por angeles llorosos que señalan al cielo; admirando aquellos triunfos del arte de los hombres, que erige palacios a los gusanos; admirando aún más el arte sencillo de la Naturaleza, que cubre con simple alfombra de grama los sepulcros de los muertos pobres, caí de esta contemplación extraña, en la melancólica visión de mis cenizas arrojadas a una tumba desconocida, y entonces, señores, yo, soldado perezoso de la libertad, de los últimos que alzaron la protesta en el destierro, sentí que las nieblas

*Discurso pronunciado en la sesión pública con que el club parlamentarista "La Revolución", conmemoró el primer aniversario de la muerte del doctor don José Antonio Delgado.

del desaliento iban amontonándose en mi alma; pensé que había emprendido algo superior a mis fuerzas, y que más llevadero sacrificio sería estarme en cualquier rincón de la patria, sufriendo mis cadenas de esclavo, a trueque de no vivir apurando el amargo cáliz del ostracismo.....

Y bajo el peso de estas negras ideas, seguí vagando por entre los sepulcros.....

De pronto, vi este nombre: *José Antonio Delgado.*

Estaba, pues, ante aquél que había coronado con su muerte la carrera emprendida en el espinoso camino de la libertad. Yo, recién salido de la opresión, ansioso ya por volver a ella, estaba ante aquél que nunca pudo avenirse con la tiranía; yo, que tras pasajero destierro, tras insignificantes padecimientos he vuelto a vivir como hombre libre, estaba ante aquél que tras dolores y dudas y desfallecimientos y amarguras sin término y esperanzas siempre fracasadas, duerme ahora en tierra extraña, en un ignorado sepulcro adonde ni siquiera llega el perfumado aliento de las brisas de la Patria.....

Considerad, señores, cuántas generosas resoluciones vacilantes no se fortalecen, y cobran nueva vida y nuevo impulso al encontrarse con esos hombres que llevan la protesta hasta el martirio; considerad, señores, que de las lágrimas vertidas en el destierro no menos que de la sangre vertida en los combates, nace el triunfo del derecho que purifica y salva; considerad, en fin, cuánto ganan en fuerza moral las venideras generaciones, que tienen para admirar ejemplos como ése, y decidme adónde encontraréis gratitud bastante, veneración bastante, ¡bastantes homenajes para recompensar a los apóstoles de las grandes causas!

*

Por dolorosísima ley que rige los destinos de la humanidad, encontramos sembrada de sepulcros la senda por donde van los pueblos a su perfección; pero los pueblos, señores, también han de cumplir con esa otra ley que les manda postrarse de rodillas ante el sepulcro de sus bienhechores. Si no, el progreso es una mentira.

Ved ahí por qué este acto tan sencillo, es sin embargo de innegable trascendencia; ved ahí por qué todos los que me oís estáis satisfechos de contribuir a solemnizar este homenaje; ved ahí por qué nosotros, los iniciadores de esta lúgubre fiesta de la libertad y de la muerte, la celebramos con el estremecedor recogimiento que inspira la contemplación de una tumba en que al hundirse una grande alma, brotó un torrente de luz inextinguible.

Señores, los pueblos que no saben honrar a sus buenos hijos, no merecen nada.

Bien así como de los pétalos arrancados a una flor marchita emergen aromas que embalsaman el aire perpetuamente, brotan de la historia de un hombre ilustre inagotables enseñanzas, en donde patriotismo, abnegación, amor a la justicia, están hallando siempre poderoso estímulo para traducirse en hechos admirables realizados en beneficio de la humanidad.

Señores, rendir tributo al éxito, adorar los resultados, nada más que los resultados, es procedimiento innoble, inexplicable ahí donde corazón e inteligencia no yacen embastecidos por la esclavitud.

Ayer, ayer no más, cuando se festejaba aquí la venida de las huestes libertadoras, en un arco de triunfo apareció esta malhadada inscripción: *A los vencedores.* Fijaos bien: *¡A los vencedores!* ¡Cuál fue la mano impura que grabó esa leyenda; cuál la atrofiada inteligencia que la concibió, yo no quiero saberlo; pero yo siento, señores, profunda tristeza, desaliento profundo, desconsuelo indecible, al ver cómo en ocasión tan solemne, pudieron echarse en olvido los móviles generosos, las intenciones nobilísimas, los propósitos excelsos, para acordarse sólo del resultado, del éxito, del vencimiento final!

¡Ah no, señores: lo que los pueblos deben grabar hondamente en su corazón; lo que debe ocupar las mejores páginas de su historia; lo que debe celebrarse con himnos triunfales por la música, con epopeyas grandiosas por la poesía, con montañas de piedra por la arquitectura, no es tanto el éxito; son las miras sobrehumanas, las tendencias altísimas, todo lo que se realiza o se intenta por la justicia, que es el ideal; por el ideal, que es Dios!

Salgamos, señores, salgamos desde ahora para siempre, de ese estúpido materialismo

que todo lo deslustra, que todo lo ensombrece, que todo lo mata. Si antes, hombres de pobrísimo criterio trazaron con prolijidad enfadosa las oscuras hazañas de sanguinarios mandarines; si a cualquier villanía la elevaron al rango de suceso importante y pretendieron sacar de su estudio las altas enseñanzas de la historia, hoy nosotros iremos por diverso camino: La vida del varón justo; las proezas del batallador humilde; las del guerrero que no lleva en el pecho un hervidero de bajas ambiciones; las del sabio, las del artista, las del poeta, encaminadas al bienestar de sus semejantes, serán nuestra enseñanza, el libro en que aprendamos el evangelio de la Libertad.

De las primeras en ir por esa nueva senda, quieren ser estas dos corporaciones en cuyo nombre hablo: la Sociedad de Medicina, y el club "La Revolución". Ahora oiréis, concluídas estas mis rudas frases, cómo os relatan los sufrimientos del patriota, los desvelos del hombre de ciencia, la fe y la constancia del propagandista, los proféticos delirios del soñador, el sacrificio, en fin, de aquél que prefirió la muerte en el destierro, a vivir presenciando la negra victoria de los déspotas sobre la patria encadenada.

En este concierto de la admiración y de la gratitud, mi voz sería nota discordante si no la hiciera yo valer, trayendo a vuestros recuerdos siquiera un rasgo de la personalidad moral de José Antonio Delgado.

José Antonio Delgado, señores, era de estos que hoy empiezan a surgir entre nosotros, esclavos de la idea, desligados en absoluto de todos los intereses personales, y que, por su inesperada aparición y por sus tendencias generosas, designan algunos con el nombre de locos. Delgado era de estos visionarios, de estos dementes. Jamás luchó él por este ni por aquel hombre; jamás sirvió al empirismo de estos conservadores que quisieran quemar a los radicales, ni al empirismo de estos radicales que quisieran guillotinar a los conservadores.

Su odio, el odio sublime a la tiranía; sus cóleras, las cóleras santas provocadas por las humanas injusticias. Fuera de eso, había que ir a buscarle a la región serena de la fraternidad y del amor. Sus ansias de proscrito, sus sueños de revolucionario, frutos eran de la visión clarísima que le mostraba a la libertad victoriosa y estable bajo la salvaguardia de

nuevas instituciones: las instituciones parlamentarias.

Así, este sistema que nosotros propagamos, tiene ya un mártir; cuenta ya con el sagrado pretigio de los sepulcros.

¡Y triunfará, señores, triunfará!

Profecía o locura, esa es la irresistible afirmación de mi inteligencia; esa es también la voz misteriosa que yo escuché una vez en aquel paisaje admirable, decorado por el hombre con todas las audacias del arte, decorado por la naturaleza con una trinidad de excelsos montes, consagrado por Dios con el augusto sello de la muerte. Esa es la consoladora promesa que confortó mi alma, cuando abatido por la nostalgia fui a contar a las tumbas mis tristezas.

Señores, esa voz que es una esperanza, nos impone la obligación gratísima de honrar la memoria de los grandes patriotas. Empecemos, señores, a cumplir con esa ley sagrada. Que el recuerdo de José Antonio Delgado tenga un santuario en nuestras almas; que sus acciones sean nuestro ejemplo, sus luchas, nuestro estímulo, su nombre, nuestra

insignia; su tumba, el altar a donde vayamos en los días luctuosos de la patria, a prestar este sublime juramento: ¡morir, o ser libres!

¿MANDU YO, O NO MANDU?

Vivía en mi pueblo un indio llamado Paz, que tenía por sobrenombre, el *Peche.* Muy trabajador, muy buenote, sin más defectos que el de achisparse un poco los domingos y fiestas de guardar y el de tener muy desarrollado el instinto del mando.

Creía el indio que cuando uno tiene poder, no debe parar mientes en indicaciones, ni atender a la conveniencia o inconveniencia de lo que ordena. Creía también que del mando debe usarse a cada momento, para que no se tome de orín.

— ¡Marica! Cogé el machete y te vas a la milpa a *tapiscar.*

La pobre muchacha, que a ello no estaba acostumbrada, se resistía, naturalmente.

— Pero tío, ¡si yo no sé *tapiscar* !

— ¿Mandu yo, o no mandu?, respondía el indio, y ahí al punto enarbolaba el látigo, como no se le obedeciera con prontitud.

¿Que estaba lloviendo a cántaros? Pues no era el *Peche* Paz hombre que dejara perder tan buena ocasión de afirmar su dominio.

— ¡Pedru! Ahí está esa *cuma,* para que vayás al *huatal* a traer leña.

— ¡Pero tío! Si aquí hay leña, y además, está lloviendo:

Y había que ir por leña, y hacer mil barbaridades, y que aguantar aquella insufrible tiranía, sin más que porque el *Peche* Paz, bueno en el fondo, y amante de sus sobrinos, quería hacer constar a toda hora que él mandaba.

Crecidos los muchachos, emancipáronse a toda prisa, casándose con los primeros que les deparó la fortuna.

Y ahí me tienen destronado a aquel monarca, del modo más extraño que registra la historia de los reyes: por la fuga de sus vasallos.

¿Mandu yo, o no mandu?, exclamaba con tono triste y quejumbroso, y como nadie escuchaba la terrible frase, el pobre *Peche* se moría de triste, y se quebraba la cabeza, discurriendo el medio de recobrar el fracasado poder.

Al cabo de mucho cavilar encontró lo que con tanto empeño buscaba: una mujerona, con músculos de pugilista, pero con un corazón de manteca, vuelto aún más blando por el amor que le traía derretido tras del indio.

Advierto que éste no era muy rico en fuerzas corporales, y, lo que es más grave, que el ánimo no alzaba mucho su nivel sobre aquellas. De manera que el día en que su frase de mandu o no mandu se encontrara con un destacamento de no quiero, apoyado por dos puños de grueso calibre, de seguro sobrevendría una catástrofe.

Pues como iba diciendo: casáronse los fulanos y durante algunos días les alumbró la más brillante luna de miel, hasta que la manía imperante del marido echó sobre Cornelia la pesada carga del poder absoluto.

— ¡Si vieran ustedes, contaba la pobre mujer, si vieran ustedes qué palizas me pega el maldito hombre! Y todo por mero capricho. Apenas me opongo al más pequeño de sus antojos, me sale con su "¿mandu yo, o no mandu?" y como no vuele a darle gusto, ya está el palo sobre mis costillas...

Aunque el amor sea en sí mismo inmaterial e intangible, sucede que los palos muy repetidos le hacen disminuir de una manera lastimosa. A Cornelia le caían con más frecuencia de lo que es útil y razonable, y así aconteció que todo el cariño se le fue quién sabe adónde, quedándole en su lugar tanta hambre y sed de justicia, que ya no pensaba sino en ver llegar la hora del desquite.

Avino, pues, que resuelta ya la pobre esclava a romper su dura servidumbre, comprase en la mañana de un domingo una enorme navaja, con tal filo y de tal manera *puntiaguda*, que de sólo verla ponía espanto.

Por la tarde, a hora de comida, llegó el *Peche* más de allá que de acá y con su buen porqué de buen humor, a causa de las abundantes rociadas con que había bautizado el estómago.

Preparada la mesa, ambos fueron a comer en buena paz y compañía, y todo hubiera salido bien, si no se le antoja al *Peche* que Cornelia se levantase a bailar.

— ¿Pues no ves que estoy comiendo?

— ¿Mandu yo, o no mandu?

— Pues no voy.

— Digo que si mandu yo o no mandu, repuso él montando en cólera, y fue a echar mano del látigo; pero antes de que tal hiciese, Cornelia se abalanzó a la puerta, echó el cerrojo y cayó sobre el *Peche* con dos puñetazos tan limpios, que no hubo sino traerle a tierra *devanado* como un castillo de naipes. Ella cayó también, pero encima, lo cual es muy diferente de caer debajo, y además cayó con navaja en mano, lo cual acentúa la diferencia.

Cuando el miserable vio aquel chisme yendo y viniendo por sobre sus narices, creyóse ya tocando a la puerta del cielo, y no tuvo ánimo más que para decir: ¡Cornelia! ¡Cornelita! No me mates, por la Virgen santísima, que yo te juro que no volveré a mandar nada.

— ¿Matarte yo, indio sinvergüenza? No te voy a matar, sino a enseñarte que los hombres no han de pegarles a las mujeres. Te voy a ... *chucho*, infeliz!

Lectores: yo bien sé lo que Cornelia intentaba hacer al pobre *Peche;* pero la cosa es dura de explicar y por eso me la reservo. Lo único que puedo decir es, que si la reforma (porque

reforma era) se lleva a cabo, el *Peche* Paz no habría servido en adelante para maldita la cosa.

No era Cornelia ninguna descastada, y así fue que a los lloriqueos y promesas de su marido, se puso blanda como la cera y arrepentida como una Magdalena.

Las paces se firmaron, se enjugaron las lágrimas, huyó de los semblantes la huella sombría de la discordia, y entre protestas de cariño por una parte y de enmienda por otra, se dio fin a la interrumpida cena.

Hoy, viven el *Peche* Paz y su mujer como dos palomas. Ni ella ha vuelto a tocar navaja, ni él a soltar la terrible frase: ¿mandu yo o no mandu?

NOTAS

La vida de todo hombre, contada fielmente, es origen de grandes enseñanzas. Todos los acontecimientos son importantes, si se les examina bien. Nada hay pequeño: el insecto es grande para el infusorio; el elefante es pequeño para la ballena. Así, pues, todo es grande, todo es pequeño, según como sea estudiado.

*

Dondequiera que todo el poder esté en manos de un solo hombre, así sea en pueblos de diversas costumbres, de distintas razas y en diferentes épocas, veréis brotar la planta maldita del despotismo; veréis cómo ahoga todas las energías, cómo contiene todos los impulsos; cómo, por el estancamiento y la paralización de todas las actividades, produce en Roma a Calígula, en Italia a los Borgias, en España a Felipe Segundo, en Inglaterra a Enrique VIII, en Turquía al Sultán, en Rusia al

Czar, en Sur América a Rosas, Melgarejo y Francia; en todas partes, la tiranía más monstruosa; en todas partes, hombres convertidos en fieras por fuerza del enorme poder, de la responsabilidad enorme que cae sobre ellos.

*

La autobiografía es siempre incompleta. Decirlo todo, narrarlo todo, descorrer hasta el más escondido repliegue del alma, es mentira, no se ha hecho jamás.

Sabed que todo hombre es un drama viviente: lo que tomáis por risa es, a veces, llanto; lo que tomáis por cariño, es desprecio; lo que tomáis por vicio es virtud, y lo que tomáis por virtud, es hipocresía.

El hombre tiene, como la fiera, el instinto de ocultarse, y siempre, hasta cuando parece revelarse todo él, guarda sus secretos que sólo a Dios confía, porque sólo Dios puede juzgarlos.

Por eso yo no creo en las *Confesiones.*

*

Es de admirar la buena fe con que los hombres han convenido en llamarse civilizados. No hay pueblo que conozca su barbarie, y sin embargo ésta forma todavía el patrimonio de los hombres.

*

Nadie es dueño único de sus actos. Hay en ellos la parte de responsabilidad que corresponde a la naturaleza, es decir: el clima, el organismo, el lugar y la herencia. Hay en ellos la parte social, es decir: la ignorancia que el mundo no ha sabido disipar, el hambre que no supo matar, el consuelo que no quiso dar; la burla, el desamparo, la indiferencia, todo lo que puede agriar un corazón, todo lo que puede sembrar la duda en el alma. Hay, en fin, la parte fatal, la colaboración del destino, que también es de Dios, en cuanto actúa como Providencia. Material y moralmente, la propiedad exclusiva es una mentira. Hasta cierto punto, todo es de todos.

*

Los pueblos jóvenes son ignorantes y groseros, pero su rusticidad sirve de cubierta al vigor que dan la justicia y la sinceridad. Bien puede asegurarse que no alcanzarán larga vida, las sociedades que, siendo nuevas por los años, son viejas por los vicios y por la mentira. De esto padecen muchos pueblos de América.

*

La virtud ideal, es una; otra, la que está a nuestro alcance. No caer, es el gran mérito; pero todos pueden caer. El hombre, es decir, todo hombre, es capaz del robo, de la mentira, del asesinato, de la envidia, de la traición. Jesús, que es el único salvo de esas miserias, no es del todo humano.

De entre todos esos crímenes, los merecedores de más severo juicio son los que implican ruindad, por más contrarios a la naturaleza humana.

*

Por igual manera que en los organismos materiales enfermos sobrevienen crisis salvadoras, en los organismos sociales enfermos sobrevienen revoluciones, despertamientos vigorosos de las ideas y de los principios que ponen de manifiesto todo lo que en los dogmas hay de absurdo; hieren hondamente en las creaciones de la rutina; reparan todas las injusticias inconscientes; abaten las clases que reinan por el orgullo y la estulticia; elevan a los que deben predominar por el poderío de la inteligencia, y a modo de astros soberbios detenidos en lo más alto del cielo, vivifican, acrisolan, fortalecen, y levantan a las regiones de la luz el alma y el corazón de los pueblos.

*

En Moral aún no se ha hecho nada. ¿En qué cantidad es buena o mala una acción, según las diferentes circunstancias? Para nosotros, contingentes, falibles, puede ser norma la intención; para Dios no puede ser lo mismo. ¿Por ventura será bueno lo que nosotros

juzgamos malo, y malo lo que juzgamos bueno?.....

Estamos en plena incertidumbre.

El juicio, pues, y también la sentencia, deben ser moderados. De otro modo, la justicia puede quedar lesionada por el orgullo.

*

El mundo es muy viejo, y sin embargo, no puede comprender todavía cuáles son sus verdaderos bienhechores, por lo cual es naturalmente ingrato.

¡Dios! ¿Serás tú el eterno responsable?

*

¿Queréis saber cuál es el espectáculo más triste, más vergonzoso, más desconsolador que puede ofrecerse a la contemplación humana?

Un labrador viene por ahí con los brazos caídos, turbia la mirada, abatida la frente, los labios contraídos por amarga sonrisa; sus palabras, sus gestos, sus movimientos, están

diciendo que en su alma habita el buitre oscuro del desaliento. La virgen, temblando por su honra; la madre, temblando por sus hijos; la esposa, temblando por su esposo; los malvados, de triunfo; los necios, en la cumbre; un bandido en el solio, una turba de eunucos adorándole, y allá, en el fondo del cuadro, ¡la Historia que se cubre el semblante por no mirar tanta humillación y tanta vergüenza!

*

La imprenta es la *utopía* de Gutenberg, la navegación a vapor es la *utopía* de Fulton, la vacuna es la *utopía* de Jenner, la América es la *utopía* de Colón; la emancipación de un continente es la *utopía* de Bolívar. Todos los grandes hechos en arte, en ciencias, en religión, en política, han sido *utopías* de los poetas, de los artistas, de los sabios, de los cristos, de los profetas.

*

Id al porvenir por la escala de la justicia, y en el último peldaño encontraréis la libertad y la prosperidad.

*

La crítica a la moda, ha establecido un criterio especial para juzgar a los grandes hombres: en estos, no parecen los vicios tan repugnantes como en los demás. Pero si se reflexiona que a más claro talento corresponde mayor responsabilidad, se verá que las faltas pequeñas en la mayoría de los hombres, resaltan en los distinguidos. Yo encuentro más fea una mancha en la plata bruñida que en el humilde bronce.

*

Conservarse puro y honrado, siendo pobre, en medio de una sociedad que ha perdido la dignidad y el sentido moral, es algo más grande que el más grande heroísmo.

*

¿Qué tiene de cristiana una sociedad en que los grandes explotan a los pequeños; en que el hombre sólo piensa en el medro, la mujer, en el lujo; en que el honrado vale menos que el pícaro? ¿Qué tiene? Nada, y en vez de

atacar la religión por insuficiente, debiérase comprenderla y practicarla en su verdadero sentido, para lograr la dicha que no pueden darnos tantas necedades que con el nombre de sistemas, acogemos todos los días.

*

La Providencia es innegable. No sería Dios infinitamente sabio, infinitamente bueno, si el resultado de su Sabiduría y de su Bondad no fuera la constante protección al bien. Pero no pensemos que tenga El necesidad de intervenir directamente y a cada paso en el destino de las criaturas. No, sino que es ley, ley infalible aunque fuera de nuestra comprensión, el que el bien, produzca el bien, y el mal, el mal. De manera que la Providencia es efecto de la justicia.

*

Nunca consistió la verdadera grandeza de las naciones en la extensión de su territorio ni en el número de sus habitantes. Grecia era pequeña; Suiza, lo es. Por consiguiente, no debemos esforzarnos por ser más, sino por

ser mejores. Un solo hombre honrado, vale más que dos malos. Lo mismo se puede decir de los pueblos.

*

Si eres justo, humilla tu corazón a Dios, porque no has caído; pero acuérdate que el peor de los demonios fue el mejor de los ángeles. La flaqueza es nuestra herencia común.

*

Franklin primero, Napoleón después. Cuando estemos penetrados de esta verdad, habrá concluido la desdicha de los hombres.

*

Meditar sobre ese negro cáncer que se llama alcohol... ¿para qué? ¿Quién no tiembla, quién no se espanta ante ese demonio, padre de todas las concupiscencias, aniquilador del pensamiento, tan odioso, tan infame que llega hasta falsear la naturaleza, pues rebaja al hombre al nivel de los más bajos animales? ¿Qué los libros, qué las leyes, qué la religión para un borracho?

*

Los grilletes de los presidiarios son ligeros comparados con la cadena de las deudas.

*

Grandes males trae el concepto erróneo que la muchedumbre tiene de las revoluciones. Cree que todo el secreto de ellas consiste en derrocar a los déspotas, y una vez logrado esto, se adormece imprevisora e irreflexiva, sin echar los cimientos para el futuro bienestar, o se desata, loca y delirante, en improperios, en injurias, que más que por el triunfo de la justicia están batallando por los desahogos de la venganza o por las rastrerías del interés.

*

Periódicos sin credo político claro y concreto, órganos de no se sabe qué híbrida mescolanza de pasiones e intereses, sin bastante valor moral para decir al público qué personas responden por las ideas en ellos expresadas, buenos están para los pueblos recién nacidos a la vida política; para los que tantos sacrificios

realizan por su civilización, vienen a ser fea mancha que quita todo lustre a estos sublimes solevantamientos que se llaman revoluciones.

Conviene que el pueblo no se deje engañar: al periodista debe exigirle franqueza, ideas definidas, su firma para todo lo que es trascendente, antes de darles crédito a sus palabras.

*

Se abusa de un modo lastimoso de la palabra utopía. Los hombres sin iniciativa, los que tienen el entendimiento tan chato como la nariz, llaman utópico a todo aquello que sobrepasa los límites de su comprensión. Los incapaces de hacer un esfuerzo para estudiar problemas importantes, cortan el nudo con esta dogmática frase: eso es una utopía.

De utopía califican aquí los eternos enemigos de la libertad, al sistema parlamentario.

Entendámonos: ¿cuál es lo utópico, el Parlamentarismo en sí, o su establecimiento en El Salvador? No lo primero, desde luego, puesto que existe como hecho práctico en

Inglaterra, en España, en Suiza, en Francia, en Chile.

Tampoco lo segundo, pues experimentalmente sabemos que todas las naciones, según que avanzan en civilización, cambian sus formas de gobierno.

Ved la Francia de Luis décimocuarto, a ver si se parece a la Francia republicana parlamentaria de nuestros días; ved si encontráis puntos de comparación entre la España pedaceada de los califatos, y la España una, autónoma y libérrima de la época presente.

¿Y cómo se han operado semejantes cambios? En cumplimiento de las leyes sociológicas y políticas a que obedece la vida de los pueblos.

Nuestra transición del gobierno representativo a la forma parlamentaria, sería mucho menos brusca que las transiciones referidas, y sólo por ligereza de juicio puede calificarse de utópica.

*

La justicia ante todo. Si la tiranía es un crimen, como lo es, nada más claro que, restablecido el equilibrio social, rotas las cadenas, quebrado el yugo, traer a juicio a los que perpetraron el crimen.

Esta es cuestión de sentido común. Fusilar, ahorcar, violar, incendiar, no pierden su negra naturaleza porque quien lo hace lleve botonaduras amarillas o galones dorados.

El penacho flameante sobre el yelmo, que en lo más recio de la batalla está diciendo a las balas enemigas: aquí estoy, da ejecutorias de inmortalidad. Cuando ese soberbio florón se mete por entre las gentes indefensas, y aquí mato, allí robo, allá flagelo, urge derribarlo de fuerte manotada y arrojarlo a un muladar, so pena de ver desquiciados todos los cimientos de la sociedad.

Así, pues, castiguemos. ¿A quienes? Esa es jurisdicción de las leyes, y nuestro deber queda cumplido, vigilando porque éstas no cierren los ojos sobre ese oscuro semillero de infamias.

Irse sobre el delincuente maniatado y empeñar con él ruin combate de insultos, no es cosa mía. Ya estás preso, ¿verdad? Ah ladrón, ah pícaro, ah canalla, descastado, rufián, sinvergüenza.

Antes lo hubiérais hecho, cuando había peligro en mostrarse digno y severo, cuando los alardes de austeridad llamaban sobre sí las iras del tirano.

Los templos de los antiguos ofrecían asilo inviolable a los delincuentes. Para nosotros los modernos, la prisión debe ser sagrada. En el umbral han de pararse injurias e insultos, sobrecogidos de santo respeto. Themis es la única que puede penetrar ahí con paso firme, porque ella purifica todo lo que toca, y porque su cólera no bastardea nunca con la venganza. Si ella inmola, dejadla estar; tal sacrificio en nada romperá la armonía de las cosas.

*

En el fondo de nuestras luchas de partido, no se encuentra más que la cuestión religiosa, la lucha de las sectas, hoy olvidada en cuantos son los pueblos civilizados. Lucha de sectas:

secta es el catolicismo y secta es el libre-pensamiento.

Como antes riñeron católicos y protestantes en el período conocido en la historia con el nombre de guerras de religión, riñen ahora católicos y libre-pensadores en América, sin más diferencia que no dirimirse el asunto por medio de las armas, y dársele el aspecto de disidencia política.

Y como quiera que la discordia tiene por objeto problemas resueltos ha tiempo, de ahí que nuestros falsos partidos, liberales y conservadores que se llaman, nos tengan en perpetuo quietismo con sus estériles batallas, impidiéndonos formar verdaderas agrupaciones políticas cuyo objeto esté en resolver problemas económicos, políticos o sociales.

La cuestión religiosa está resuelta. Hay que darle de mano y consagrar la actividad a otras de interés actual.

*

Parece mentira, pero hay entre nosotros mucha gente que tiene a honra despreciar las letras.

Verdad es que por acaso se encuentra edicto, emplazamiento y demás papeles de abogado que no sean una selecta colección de disparates; acuerdo que se entienda, decreto que no sea un mar muerto en donde los ripios están sobrenadando con reposada majestad, merecen grabarse en letras de oro.

Si vamos de notas diplomáticas, se asfixia uno en la estrechez de aquella frasecilla: *estrechar más y más, si cabe, las relaciones que felizmente existen.*

Pues no, no cabe.

El caballo de Atila tenía la propiedad de secar para siempre la hierba ahí donde asentaba los pies. Fuera de algunas raras excepciones, la pluma de nuestros médicos, de nuestros abogados es lo mismo. De por donde ella pasa, el sentido común se ahuyenta para siempre.

Ellos no saben, los pobres, que las letras son las únicas que pueden enriquecer el cerebro con ciertas preciosas facultades; golpe de vista, análisis pronto y profundo, alteza de sentimientos, poder creador, con las letras se adquieren, señores, por si no lo sabéis.

*

No, no es cosa de que la infamia se quede riendo, resguardada por la red de procedimientos y de artículos de una legislación ridícula.

Cuando va de los sagrados intereses de la justicia, si la ley estorba, se la pone a un lado.

Pónganse las cosas en su puesto. Castíguese la infamia donde quiera que esté, y si hay papeles que lo prohíban, encárguese a los ratones que se coman esos papeles.

El objeto de las revoluciones es purificar, afirmar los cimientos del edificio social desequilibrado, sacar triunfante la justicia. No se vierten ríos de sangre para venir luego a rendir culto a los disparates convertidos en leyes por el temor, la ignorancia, o el hambre de unos cuantos pobres diablos.

GRITOS

Soy Prometeo.

Encadenado a la roca de mi dolor, el silencio, buitre sombrío, me roe las entrañas.

¡Dios!, me has quitado las lágrimas y aún creo en ti. Ni siquiera tengo el alivio de la blasfemia.

Tengo hecha la horrible conquista de la verdad; soy infalible. Que todo árbol tiene en el fondo la carcoma; que toda flor es palacio de asqueroso insecto; que toda alma es un drama; que todo corazón abriga un reptil; que el hombre es falso y la mujer débil: he ahí mi ciencia. Mi mano ha revuelto el inmenso lodazal, y ha encontrado esto: la mentira. Traedme a la criatura incaíble. ¿Dónde está?

Esta larva que se llama el hombre, se disfraza de mariposa; adquiere las alas, pero sin dejar el gusano.

Vivo en la sombra.

No me quejo, porque estoy disgustado de mí

mismo. No tengo derecho a quejarme; nadie lo tiene. A pesar de todo, siento que yo también soy podredumbre y cieno.

No me quejo, pero odio.

El refrenamiento de mi dolor, hace los desbordes de mi cólera.

Sí, odio, odio mucho. ¡Herir, herir hasta el alma, recrearme en la agonía, eternizar la muerte, de modo que el estertor fuera sin término, que el paroxismo no acabara nunca!.....

Quisiera llorar. La tristeza es muy dulce, muy dulce. ¡Ah!, irse a lo ignorado de una selva, en donde jamás haya caído la impura huella humana, y esconder entre las manos la cabeza, y deshacerse en lágrimas, hasta que en el corazón no quede nada, nada, y llorar, y llorar, y al venir la noche, romper en grito desesperador, hasta que el lamento acabe con la vida, hasta que la última lágrima se vaya con el alma!.....

Me abruma esta máscara. Esta risa hipócrita me causa tedio. ¿Por qué no me hago niño? ¿Por qué no correré, a cada punzada del dolor, con los ojos húmedos y tembloroso el cuerpo, a buscar el dulce regazo de mi madre?

¡Madre mía!

¡Oh sí!, esa es la única queja que debe salir de la boca del hombre.

¡Madre! Aurora, arcoiris, estrella, amor sin término, amistad que no muere, fidelidad que no desmaya, flor de eterno aroma, alma hecha de luz, único ser digno de Dios. ¡Madre! Urna de oro, manantial de todos los sacrificios, de todos los consuelos, de todas las dulzuras, de todas las alegrías de la tierra.

¡Madre mía! Por ti soy bueno, por ti no me ahoga el lodo, por ti soy clemente, por ti me salvo de la soberbia y de la ira. A través de la distancia, veo tus ojos en que el amor palpita, fijos sobre mí; te veo cuando por la mañana subes al cielo tu primera oración, que es por mí; te veo, cuando al buscar tu pobre lecho, alzas a María tu última plegaria, que es por mí; te veo, cuando, rendida al sueño, brota de tu pecho un suspiro, que es para mí.

¡Madre mía! Pide a Dios que me devuelva mis lágrimas. Ve que estoy triste, que las dudas me asaltan, que las tinieblas me abruman, que la eterna noche vive en mi alma. Plegarias tuyas, no se pierden; Dios sonríe cuando las madres ruegan.

La paloma-plegaria no puede salir de mi corazón, porque no está en él. El odio, el rencor, la venganza, la cólera, el inmenso zarzal aleja de mí a las blancas avecillas de la oración y de las lágrimas. Y luego, de los labios del hombre, brota la súplica tocada de impureza.

Necesito llorar.

¡Madre mía!..... ¡Dios mío!

NIÑERÍAS

¡Infancia, si fueras eterna!

"No goza uno, es un cabrito." Cierto, pero un cabrito sin mancha. ¿Quién es el que rehusaría cambiar sus placeres de hombre, siempre salpicados de lágrimas, por esa feliz existencia que nos escuda contra la envidia, nos libra del odio y nos salva de toda impureza?

*

¡La casa! Bienaventurado quien la tiene.

No contando a la Naturaleza, es el más santo de los templos. ¡No tener casa, no tener patria! Dolores que sólo difieren en intensidad.

De aquella en que pasaron mis mejores años, sólo es mío el recuerdo. Dos cuartos, una cocina con techo de paja y un pequeño patio en que plantamos rosales y claveles: he aquí todo. Más allá del jardín, un gran solar sembrado de enormes peñascos a cuyo pie crecían salvias frondosas y copudas higueras.

De trecho en trecho destacábanse altos guayabos de tronco liso y brillante por donde corrían las hormigas en apretados surcos.

En el centro del solar se elevaba la Piedra Hueca.

¡Figuraos un niño de cinco años ante una piedra que suena como campana! Jamás misterio alguno me preocupó tanto. Al volver de la escuela, aquí estoy, de rodillas ante el peñasco, y pun, pun, pun, horas enteras, terminando siempre mis experiencias con la siguiente afirmación: ¡Es un diamante!

Todo el terreno abundaba en pequeñas grutas que servían de nido a las gallinas. Yo pasaba revista diaria en busca de los huevos, para trocarlos, a escondidas, por frutas, buñuelos y otras golosinas, y era tan grande mi impaciencia, que muchas veces practicaba el registro sin esperar a que los nidos estuvieran desocupados. Tal costumbre me indispuso con un valiente: un gallo veterano, triunfador en veinte peleas cuando joven, y después señor absoluto de numeroso serrallo, en premio de sus muchos años y servicios.

Avino que haciendo él la guardia a una sultana,

metiese yo la mano en demanda del huevo. Espolonazo más bien puesto no recibió jamás ningún enemigo del guerrero. Niño al fin, no podía yo ser rencoroso, y siempre tuve a honra encomiar las hazañas del valeroso gallo.

Mi héroe murió trágicamente, aplastado por una piedra, y —¡oh gloria galluna, tan mentida como la humana!— al vencedor, al rayo de la guerra... ¡le comimos!

*

Nuestra vida era bastante modesta. Yo y mi hermano menor, hacíamos los oficios de la casa. Comprar el pan, el queso, las velas, atizar el fuego, barrer la casa, nunca fueron para nosotros actos degradantes; al contrario, placeres tan grandes, como llevar la campanilla en el viático, o vestir de acólito, que es cuanto se puede desear.

De niños, ¡echarse a la calle con las faldas de la camisa volando, el dinero metido en la boca, el plato debajo del brazo, correr, saltar, estarse una hora en el mandado a riesgo de una tunda, y volver a casa trayendo la mantecosa torta acribillada a pellizcos, es todo un gusto! Ya

grandes, no llenamos la ambición con esas quisicosas, pero sí el alma con el recuerdo de ellas.

Mis juegos, por desgracia, fueron cercenados duramente. La amabilidad, la gracia juvenil, son necesarias para formar al hombre. Como se nos obligue a pensar muy temprano, tendremos sombría la meditación, y grandes esfuerzos habremos de hacer para atinar con el lado verdadero de las cosas.

Ahí está ese niño, parado en el umbral de la casa, yéndosele los ojos tras los muchachos que retozan en la calle. ¡Con qué donaire coge éste en la mano el dormido trompo; qué júbilo siente aquél al despedir un *correo* al encumbrado papalote; cómo triunfa el otro al disparar la voladora flecha! Placeres vedados al pobre que está allí muriéndose de admiración y de envidia en presencia de tales prodigios. ¿Pues cómo se pondrá cuando vea hacer una carambola copeteada, y piense que le está prohibido realizar tan hermosa hazaña?

El niño es un pájaro: quitarle los juegos, es cortarle las alas.

*

Un día me llamó mi padre. —Vamos, hijo mío, ya has jugado bastante; desde hoy, cambias de vida. Y me hizo conocer sus órdenes. ¡Qué órdenes!, el Decálogo con todas sus consecuencias.

¡Mi padre, santo Dios! Ya os quisiera ver, los señoritos, que tuteáis a los vuestros, que les pedís fuego para el cigarro, que gritáis en su presencia, que regañáis a los pobres viejos, incapaces de respeto por su mal entendido cariño..... Y no creáis que era el mío un tirano. Nada de eso. Puntual y activo como un inglés, amanerado como un parisiense, la voz sonora y penetrante, la mirada un rayo, celoso de su autoridad, hasta yo no más, y con todo, un corazón de niño. Hombre inflexible, la más pequeña falta tenía aparejado su castigo: castigo de palabras, de miradas sobre todo; pero si el caso lo pedía, hallaba manera de satisfacer a la justicia y de producir el escarmiento, sin herir en la dignidad. El látigo (Dios se lo haya en cuenta) jamás cayó sobre nosotros, ese formador de esclavos, tan degradante, que aún viniendo de un padre

causa lesión grave en la honra, al par que predispone al avenimiento con todas las tiranías.

¡Padre mío! Huésped de la soledad, que has podido llenar tu noble alma hambrienta de cosas grandes, con el amor de la Naturaleza, de la Naturaleza que jamás engaña, que jamás rechaza a los perseguidos por el mundo! Mis ojos te están viendo, encorvado por el peso de los años y de los sufrimientos, solitario en la casa antes tan bulliciosa.....

Allá vas, con la hoz en la mano, a saludar tus flores. En medio de esas plantas, tu frente se despeja, la sonrisa ilumina tu rostro y dejas de ser hombre para convertirte en el genio de los campos. Yo te veo, cuando la luna baña en luz macilenta los emparrados del jardín, esperando el momento en que el Galán de Noche nazca a su efímera existencia. La flor misteriosa despliega sus sedosos pétalos que tiemblan como tocados por un ser invisible.....

Murió, plegó su broche que no se abrirá más; y tú ahí, pensativo y sombrío, abismado en la meditación hasta que el último rayo de la luna perdida en su ocaso, te anuncia la hora de volver al hogar solitario.

Todo queda en silencio. Allá abajo se ven las sombras de los altos cipreses, semejantes a torreones de arruinado castillo; sólo el zumbido de los insectos nocturnos interrumpe el sueño de las flores; el jardín parece un cementerio..... él es, en verdad, la última morada de tus ilusiones y de tus esperanzas.

*

¡Oh impresiones del niño! ¡Vuestro recuerdo ocupa el mejor lugar en el arca santa que guarda las dichas muertas! Goce verdadero, placer que llena el alma, única dicha no turbada por la memoria de lo pasado ni por la incertidumbre de lo futuro, satisfacción absoluta, grande y dulce como el asentimiento de la conciencia honrada: tú estás en los primeros años.

*

¡Mi primera levita!.....

Si se resumieran en mí toda la vanidad, todo el orgullo que los hombres sienten por las cosas de encima; si al servicio de esta loca soberbia tuviera la varita mágica de las hadas,

a cuyo golpe hiciera nacer riquísimo traje; de veras siento que, al vestirlo, echaría de menos mi vanidad de niño, mi orgullo de los nueve años conque me puse aquella levita estrecha y mal cortada, que yo, con mi aire desmañado de colegial novicio, llevaba más engreído que un rey del oriente su manto de púrpura.

¿Queréis saber la historia? Pues venid conmigo al colegio. Estamos en sábado, ya sabéis, el gran día de los estudiantes. A las cuatro se ha leído la lista de faltas; los muchachos serios están seguros del almuerzo en familia, de la retreta en el parque y aún de la noche en el teatro, rarísimo privilegio que sólo se concede a los dignos del *premio de conducta;* los traviesos, los que sacan faltas a docenas por hablar en estudio, por reír durante el rezo, por llamar a todo el mundo con apodos, han conseguido medio día de asueto, gracias a sus protestas de no portarse mal —Mi palabra, por Dios, señor Inspector, por *Diosito* que voy a ser bueno —¿Sí?Pues saldrás después de las doce —Hasta las doce, ¿qué vale eso? Y se van, corriendo y saltando, a pensar en la chacra que han de saquear mañana, en el apodo que le vendría bien al

Inspector; y en otras mil travesuras suministradas por su inagotable inventiva. ¿Los malos, los incorregibles, los que asisten más al encierro que a las clases? ¡Pues como si tal cosa! Mientras los demás, pendientes de las palabras del celador que publica las faltas, saltan de emoción a cada nombre, y respiran como una fragua, ellos, muy tranquilos, rayando los pupitres con el cortaplumas, pintando muñecos en el vestido ajeno más próximo, y haciendo otras mil diabluras que ocultan la concepción de infalibles planes de fuga. —Y yo, ¿qué pierdo? Al que no quieren, le castigan; ya sé que estoy para todo el día, pero mi palabrita de honor, que me voy en cuanto se descuiden.

Ya lo véis: con derecho o sin él, todos están resueltos a salir el domingo, y entre tanto, charlan, ríen y gritan, formando ese hermosísimo cuadro que se repite todos los sábados.

Llega la noche: aquí y allá, grupos de muchachos sentados en el suelo, en derredor de una caja de betún, y de un cabo de vela, esperando un cepillo que pasa de mano en mano por riguroso turno. Mientras uno lustra

el calzado, otro remienda la pechera, éste da una puntada al desorillado cuello, aquél pega botones a la camisa, sin que falte alguno atareado en emparejar el desnivelado tacón de un zapato, ni otro que aplique un paliativo de extraño lienzo al agujereado y raído pantalón semanario. El abrir y cerrar de los baúles, el tintineo de las llaves, el fra fra de los cepillos, y los cuentos, las risas, las carreras; todo forma una algazara llena de vida.

Uno solo hay que no toma parte en esa hermosa fiesta; uno que, desde hace ocho días, presa de terrible neurosis, sólo piensa en la llegada del domingo, que traerá el gran suceso, el estreno de la levita. Soy yo: sentado al borde de mi cama, hosco, huraño, ceñudo, me estoy ahí contemplando el traje nuevo, hecho montoncito sobre una silla, el cual apenas se distingue a los reflejos de la vela cercana.

A las nueve, el toque de la campana manda silencio y su sonido se pierde entre la confusión de las palabras rápidas y cortadas que poco a poco van convirtiéndose en un cuchicheo sordo y decreciente, dominado al fin por las pisadas

del celador que recorre el salón a grandes pasos.

Dos horas después, yo estoy en pie. Busco a tientas mi ropa, vístome con mucho cuidado y salgo en puntillas al patio, donde a la hermosa luz de la luna sacio mis ojos hambrientos, contemplando mi levita que mis manos estiran, abrochan y desabrochan mil veces.

Por desgracia, hay uno que me ha sentido; cree que es hora de levantarse, se tira de la cama, y despierta a los demás. Los diablillos arman una gresca infernal. La una, las dos, las tres, tres horas de confusión, de ruido, de rabiosas risotadas, de correr por los cuartos, batiéndose a almohadazos, apagando y encendiendo las velas, arrojando terrones al celador, aullando los malditos, hasta que al estruendo despierta el Director que sorprende infraganti a los culpables.

A esas horas, al salón de estudio, y allí todo el día sentados sobre las duras bancas, libro en mano, desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche, sin llevarnos siquiera a misa, esa pequeña gracia casi siempre concedida al colegial castigado.

Y yo que tantos días estuve soñando en pasearme aquel día bien trajeado, ¡cómo lloré entonces la muerte de una esperanza tanto tiempo acariciada! ¡Y cómo se revolvía mi amor propio, lastimado por aquellas risas mal contenidas y aquellas miradas de soslayo con que se burlaban de mis puerilidades, después de haberme sorprendido atareado en probarme la dichosa prenda!

Así fue el estreno de mi primera levita. Y con todo, la durísima banca, el día interminable, mis lágrimas, mis súplicas por que me dejaran libre; todo esto apenas ha dejado en mi memoria una débil huella, casi borrada por la visión siempre dulce y luminosa del trajecito nuevo.....

*

Fulano, por tantas fallas, todo el domingo.

Zutano, por tantas, hasta las doce.

El otro, por tantas, encierro.

Todos castigados, todos.

Y es que éramos muy malos. Al profesor de inglés, poco entendido en el castellano, le

habíamos hecho creer que las malas palabras tienen buen significado. —A este Mr. Writt, lo quiero porque es muy bruto. —¡Oh! cieto, cieto, yo ser así, mucha gracia. —Todo se puede decir de Mr. Writt; pero hay que confesar que es un bestia. —Güeño, sí, güeño, yo agradezco. Cuando alguno de nosotros hacía alguna diablura, parábase el viejecito, tieso y estirado, empinándose como para darse más autoridad, y decía con su voz chillona: "cieto, cieto, usté tiene a comportarse bien; sino yo le suicidaré."

*

¡Cuidado que viene el tigre! El tigre le llamábamos, los muy perversos, al hombre más bueno del mundo, al que fue siempre más que un maestro, un padre para sus discípulos. ¡Compañeros míos! Dondequiera que estéis, el recuerdo de aquel hombre es un lazo que os une a todos, es un talismán que debe salvarnos de muchas tentaciones. ¿Qué virtud no practicó él? ¿A qué desvalido no le tendió su mano? ¿A quién le negó su consejo? ¿A quién no estimuló con su ejemplo? Cuando

todos se manchaban, él estaba limpio; cuando todos se arrastraban, él se mantuvo erguido; cuando todos dudaban, él rebozaba de esperanzas y de fe; cuando todos se vendían, él vivía orgulloso de su pobreza. ¡Y le decíamos el tigre! ¿Por qué? Porque así son los muchachos.

Aquel sabio, no sabía enseñar. Apasionado, ardiente, no podía someterse a la estrechez de los métodos. Hoy un texto, mañana otro, luego otro, en resumen, ninguno. Todas sus lecciones concluían en desbordamientos de aquel fuego que consumía su corazón, siempre adorador del Derecho y de la Libertad.

No nos hacía sabios, pero trataba de hacernos buenos.

Sobre todo, nos formaba para la vida libre: de Aritmética, de Gramática, de Historia, de cualquier cosa que tratara, siempre hallaba el pretexto, para hablarnos de Codro, de Régulo, de Bolívar, de todos los grandes hombres. Después, yo no sé cómo, aparecía Cuba, su idolatrada Cuba, esclava, luchando sin descanso por ser libre. Y ahí las batallas épicas, los combates sublimes, de uno contra

ciento; cuadros llenos de vida en que se destacaban altivas y soberbias las figuras de los grandes hombres de la Patria..... El era también grande, hasta donde puede serlo un maestro.

Se llamaba Hildebrando Martí.

*

Ya está. El niño ha concluído su pequeña historia; lo demás pertenece al hombre.

SOMBRAS

Luchar, siempre luchar; no transigir jamás, ser inmutable como la justicia, duro como la roca, inflexible como el destino; cerrar los ojos a los deslumbramientos de la riqueza; volver la espalda a las seducciones del mundo; desdeñar el camino sembrado de flores, para irse, cubierto de andrajos, a meditar en la soledad, a inclinarse sobre el abismo en busca de los monstruos; "ser la eterna protesta", despreciar la compañía de los placeres, para acompañarse con el deber que no conoce sino lágrimas y dolores.....; poner a un lado la copa de oro en que bullen triunfantes la hermosura, el amor, la riqueza, la fama, y llevar a los labios el cáliz amargo, preñado de dudas, de miserias, de desfallecimientos, de fastidio, de oscuridad, río de aguas negras que atosigan el pecho sin calmar la sed insaciable.....

*

¡Estoy triste! Tengo la horrible tristeza de la duda, el dolor inconcebible de la vacilación.

¿Sabéis lo que es un hombre parado a mitad del camino, jadeante de fatiga, desfallecido por la carrera, viendo que el día se acaba, que apenas tiene unas cuantas horas para terminar la jornada, y que de repente, con los cabellos erizados por el espanto, se pregunta en voz baja, muy baja: ¿me habré equivocado? ¿Habré errado la senda?.....

*

Tengo sed de gozar: traedme mujeres hermosas, carnes sonrosadas y mórbidas, ojos negros como la noche, labios frescos y encendidos que estallen en cascadas de besos, brazos torneados en que el amor se adormezca, cabelleras undosas que me envuelvan como mantos de oro, senos turgentes en que palpite todo el fuego del infierno, manos suavísimas que al tocarme hagan hervir mi sangre; traed las copas rebosantes de champagne luminoso; quiero la danza loca, interminable, que produzca el vértigo. Plena orgía, fiebre, delirio, locura, miradas lujuriosas, besos que saquen sangre, abrazos que disloquen, bocas que muerdan, rugidos de alegría, mares de vino, cantos que

enciendan el deseo, un coro inmenso de risas, gritos, cantares y blasfemias que ahogue, que desvanezca, que apague los gemidos de la conciencia.....

*

He nacido, he crecido, he abierto mi corazón a la luz, he soñado con la gloria, he luchado por la virtud; todo lo grande, todo lo santo ha tenido un pensamiento mío. El escudo embrazado, la espada en alto, puesto siempre a morir por las nobles causas. Bueno: mañana, cuando muera, los hombres me consagrarán cuatro tonterías, y los gusanos se van a dar tal atracón, que estoy temiendo no vayan a morir todos indigestos.

*

Siento que en mi alma anochece.....

*

Desde la cima de este monte, mis ojos abarcan el panorama de la tierra. Se ven desde aquí cosas muy divertidas. Allá abajo, en aquel

vallecico tapizado de esmeralda, trisca alegre un manso cervatillo. ¡Qué cabriolas tan graciosas, qué movimientos tan llenos de gentileza! Pero no le dura mucho la fiesta. Por ahí asoma un lobo hambriento que, de seguro, no esperaba tan rico almuerzo. Venid a ver: sus ojos son dos ascuas; su lengua sanguinolenta se agita en las fauces con rapidez admirable. Ya se agazapa, pega el vientre al suelo, se contrae, salta como relámpago y hunde las garras en las palpitantes entrañas del pobre animalillo. ¡Y qué carne tan tierna, y qué sangre tan delicada! No negaréis que el amigo lobo tiene un gusto exquisito.

Alzad ahora los ojos hacia aquel árbol; veréis ahí un precioso nido que sirve de cuna a tres pichones. No hay gloria como verlos cuando la madre llega a meterles el grano en el pico. Entre uno y otro arrullo van engullendo su comida los pequeños glotones. ¿Almorzaron? Van ahora a dormir bajo el tibio plumaje de la paloma; mientras viene el sueño, ella entona su cancioncilla. Cú, cú, cú, cú, ... ¿qué es eso? La cosa ha tenido mal fin. No contábamos con ese pícaro gavilán enemigo de la poesía, que en vez de recrearse contemplando a estos

lindos pajarillos, se los zampa uno a uno, haciendo remilgos de gastrónomo.

¿Qué os parece esa muchacha que viene por ahí, dando envidia a las flores con su garbo de reina? Se balancea como un lirio; su risa vale más que la charla divina del sensontle; sus mejillas son la desesperación de las amapolas; sus piececitos, no pueden servir como no sea para comérselos; tales son de sonrosados y tersos. Pues si no tenéis prisa, esperad un poco: he visto entre las matas, en acecho, a un sátiro. Ahí está: es cosa de nada convertir a esa hija de la inocencia y de la gracia, en andrajosa prostituta. Yo le aconsejo al seductor, que en adelante no tenga tratos con ella; no merece perdón esa tonta que así se ha dejado engañar. Lo más gracioso es que hay hombres que se aflijen por estas cosas, como si cada ser no tuviera su destino, como si andar lloriqueando y gimiendo siempre, valiera más que entregarse al goce de la vida.

*

Las lágrimas me dan vergüenza. No son para mí. ¡Qué oscuridades, qué huracanes, qué

tormentas habrá en el cielo de mi alma, cuando no puedo evitar que mis ojos se arrasen en llanto!

*

¿Sabéis lo que deseo? A media noche, cuando todo esté quieto y silencioso, tomar mi báculo, entreabrir calladamente la puerta de mi estancia y alejarme de los hombres. El día me hallará muy lejos, perdido en una selva impenetrable. Seguiré mi camino, sin volver los ojos hacia atrás, sin pararme un momento, sin torcer mis pasos a ningún lado. Empieza a caer la tarde; no se oye ni el leve susurro de las hojas, he llegado al desierto, un mar de arena que no tiene orillas. Yo sigo adelante. El sol se esconde, ya está ahí la noche, las densas nieblas ocultan una a una las antorchas del cielo. Yo camino aún. Al fin, la última estrella que guiaba mis pasos se esconde tras de una nube; entonces me tiendo tranquilamente sobre la arena y me duermo para siempre....

COLERA

Ella es.

Mi musa, la furia de cabellos erizados que viene a azotarme la frente, a apuñalearme el corazón, a bañarme el alma en santa ira.

La cólera es también numen sagrado.

Cantad vosotros, ruiseñores, que podéis ver la gloria de la luz sin sentir la tristeza de las sombras; reíd, vosotros, los que comprendéis la comedia del mundo, sin palpar el negro drama de la vida; entonad himnos a la aurora, los que no sabéis que va a llegar la noche con sus horrores y sus crímenes. Yo me estoy bien, perdido en las tinieblas, lanzando rugidos y maldiciones. ¡Siento en mi redor la fría caricia de los espectros, el hálito emponzoñado de los reptiles, el grito estremecedor de los hambrientos, la eterna queja de los inconsolables!

La risa no es mía. A cada instante veo la risa estúpida del seductor que se burla de su

víctima; del necio que en vez de sacar del lodo a las flores caídas, pone sobre ellas su planta inmunda para abatirlas más; de los imbéciles que triunfantes en su vana alegría, insultan con su charla de mono el dolor de los que lloran; del idiota señor del oro, que desdeña al que sufre en silencio su miseria. Ríen los indignos, ríen los pequeños, ríen los necios, los inmundos ríen. Yo no quiero tomar parte en ese coro salido del infierno. Esa mueca horrible no sienta bien a las almas graves que respetan las ajenas desgracias. Satanás, cuando ha logrado perder un alma, rompe en carcajada inmensa que va asordando todos los antros del abismo.

La risa no está bien sino como suprema ironía, carcajada cervantina que pone a temblar en sus tronos de lodo a los dichosos sin luz. Si queréis verme reír, traedme aquí a los que tiranizan a los pueblos, a los que lamen los pies de los déspotas, a los que sacan tesoros de la conciencia, a los que rinden culto a ese grotesco títere que llaman sociedad, a los que huyen de la mujer que han pervertido, a los que se honran con los malvados de buena presencia, a los que desprecian al talento

pobre y a la virtud indigente; ¡ah, traédmelos aquí para lanzar sobre ellos carcajada interminable, hiriente, desollante, que mate, que destroce, que aniquile todas esas basuras disfrazadas de seres humanos que están enlodando la obra de Dios!

¡Cólera, santa cólera! Mi musa eres tú. Golpea mi cabeza; recoge en tu ancho manto todas las bestialidades. todas las injusticias, y arrójalas sobre mi alma. ¡Quiero sumergirme en este mar de cieno, quiero asfixiarme con las exhalaciones de este pantano, quiero verme cubierto por ese alud de andrajos! Yo tengo fuego para consumir todo eso. Desplegaré mis alas, lanzaré lejos de mí la podredumbre humana, y alzaré el vuelo a las regiones luminosas donde reina el Sol.

INDICE

Páginas

La Literatura en El Salvador 17
Zorrilla 29
Carta Literaria 35
Periodismo 40
Poetas 44
Genios 47
Escuelas 49
Historia de mis Versos 52
La Gran Musa 57

Fragmentos de un Libro

Líneas 67
Cuando mueren los Pueblos 73
Polonia 76
Nostalgia 78

La Sentencia 80
La Lógica de las Tinieblas 84
Ayúdate 88
Frases 94
¿Quién es el culpable? 97
Carta 102

Mosaico

Tragedia 109
De Ezequiel 115
Duelo 118
Ashtá 123
Justicia 130
Invierno 136
Dudas 142
José Antonio Delgado 146
¿Mandu yo, o no mandu? 155
Notas 161
Gritos 179
Niñerías 183
Sombras 198
Cólera 204

Editorial Clásicos Roxsil

4a. Avenida Sur 2-3
Santa Tecla, El Salvador, C.A.
Teléfonos 228-1212 y 228-1832



FONDO EDITORIAL

1. COLECCION TEXTOS

1. LITERATURA

1101 LETRAS 1 Análisis e interpretación de textos.
Miriam Aida Alvarez, María Martha Montúfar,
Rosa Victoria S de López.

1102 LETRAS 2 Análisis e interpretación de textos.
Miriam Aida Alvarez, María Martha Montúfar,
Elena del Carmen Romero, Rosa Victoria S. de López.

1103 LETRAS 3 Análisis e interpretación de textos.
Miriam Aida Alvarez, María Martha Montúfar,
Elena del Carmen Romero, Rosa Victoria S. de López.

2. ORTOGRAFIA

1201 COMO ESCRIBIR BIEN 1
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para 1º, 2º y 3er. grados
Ismael Armando Villa

1202 COMO ESCRIBIR BIEN 2
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para 4º, 5º, y 6º grados
Ismael Armando Villa.

1203 COMO ESCRIBIR BIEN 3
Texto y cuaderno de trabajo para 7º, 8º, 9º, y bachillerato
Ismael Armando Villa.

3. OTROS

1303 SOCIALES 7º
Gudelia Muñoz

1304 METODO SINTETICO DE MECANOGRAFIA
Bernardo Melero

4. CALIGRAFIA

1401 CUADERNO DE ESCRITURA Nº 1
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para primer grado.
Cruz Amalia Aquino

1402 CUADERNO DE ESCRITURA Nº 2
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para segundo grado.
Cruz Amalia Aquino

1403 CUADERNO DE ESCRITURA Nº 3
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para tercer grado
Cruz Amalia Aquino

1404 CUADERNO DE ESCRITURA Nº 4
Texto y cuaderno de trabajo ilustrado para cuarto grado
Cruz Amalia Aquino

5. APRESTAMIENTO

1501 ACTIVIDADES INFANTILES
José Luis Flores Rivas/ Silvia Amelia Hidalgo de Flores

7. MUSICA

1701 EDUCACION MUSICAL 1
Texto y cuaderno de trabajo para primer grado.
Oscar Manuel Doñas

1702 EDUCACION MUSICAL 2
Texto y cuaderno de trabajo para segundo grado.
Oscar Manuel Doñas

1703 EDUCACION MUSICAL 3
Texto y cuaderno de trabajo para tercer grado.
Oscar Manuel Doñas

2. BIBLIOTECA ALEJANDRINA

1. POESIA

2101 LA CANCION DEL PIRATA
EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA
José de Espronceda

2102 POEMA DE MIO CID
Anónimo

2103 20 POEMAS DE AMOR Y UNA CANCION DESESPERADA
Pablo Neruda

2104 JICARAS TRISTES
Alfredo Espino

2105 ESTAMPAS DE CUSCATLAN
Berta Funes Peraza

2106 PLATERO Y YO
Juan Ramón Jiménez

2. NOVELA

2201 CORAZON LADINO
Yolanda C. Martínez

2202 DOLOR DE PATRIA
José Rutilio Quezada

2203 EL PRINCIPITO
Antoine de Saint-Exúpery

2205 EL LAZARILLO DE TORMES
Anónimo

2207 LA TIA TULA
Miguel de Unamuno

2208 MARIA
Jorge Isaacs

2209 MARIANELA
Benito Pérez Galdós

2210 PEPITA JIMENEZ
Juan Valera

2211 UNA GRIETA EN EL AGUA
David Escobar Galindo

2212 LA HIJA DEL ADELANTADO
José Milla

2213 VEINTE CARTAS NEUROTICAS DESDE ALABAMA
Yolanda C. Martínez

2214 LA ULTIMA GUINDA
José Rutilio Quezada

2215 ANASTASIO (La rebelión de Anastasio Aquino)
Rodrigo Ezequiel Montejo

2216 SUS FRIOS OJOS AZULES
Yolanda C. Martínez

2217 EL CRIMEN DEL PARQUE BOLIVAR
Rodrigo Ezequiel Montejo

2218 BARBASCO
Ramón González Montalvo

2219 LAS TINAJAS
Ramón González Montalvo

2220 A LA ZAGA
Yolanda C. Martínez

2221 AMOR DE JADE
Walter Raudales

3. CUENTO

2301 EL DECAMERON – SELECCION DE CUENTOS
Giovanni Boccaccio

2302 NARRACIONES EXTRAORDINARIAS
Edgard Allan Poe

2303 SELECCION DE CUENTOS
Horacio Quiroga

2304 TRES MUJERES AL CUADRADO
José María Méndez

2305 BOLA DE SEBO Y OTROS CUENTOS
Guy de Maupassant

2306 TRADICIONES PERUANAS
Ricardo Palma

2307 MITOLOGIA CUSCATLECA
Efraín Melara Méndez

4. TEATRO

2402 BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca

2403 CASA DE MUÑECAS
Henrik Ibsen

2404 COMEDIA GRECO-LATINA:
LAS NUBES. LA OLLA, LA SUEGRA.
Aristófanes. Plauto. Terencio.

2405 DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO
Duque de Rivas

2406 DON JUAN TENORIO
José Zorrilla

2407 EL AVARO, TARTUFO
Molière

2408 EL BURLADOR DE SEVILLA
Tirso de Molina

2409 FUENTEOVEJUNA
Lope de Vega

2410 HAMLET
William Shakespeare

2411 LA CELESTINA
Fernando de Rojas

2412 LA CASA DE BERNARDA ALBA
Federico García Lorca

2415 LA VIDA ES SUEÑO
Pedro Calderón de la Barca

2416 SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE AUTOR
Luigi Pirandello

2417 TRAGEDIA GRIEGA:

PROMETEO ENCADENADO.	EDIPO REY.	ELECTRA.
Esquilo.	Sófocles.	Eurípides.

2418 YERMA
Federico García Lorca

2419 LA VERDAD SOSPECHOSA
Juan Ruíz de Alarcón

2421 FUNERAL HOME
Walter Béneke

2424 COMEDIA GRECO-LATINA:

LAS AVISPAS.	LA OLLA.	LA SUEGRA
Aristófanes.	Plauto	Terencio

5. ENSAYO

2501 CINCO GRANDES MITOS DEL ARTE EN LA EDAD MODERNA
Matilde Elena López

6. FABULA

2601 FABULAS
León Sigüenza

3. COLECCION MINOS

3101 POESIA LIRICA - POESIA EPICA
Jorge Manrique / Otros autores

3102 RIMAS
Gustavo Adolfo Bécquer

3103 PROSA LIRICA
Alberto Masferrer

3104 PAGINAS
Alberto Masferrer

3201 EL ULTIMO ABENCERRAJE
Vizconde de Chateaubriand

3202 LA METAMORFOSIS
Franz Kafka

3401 ANTIGONA
Sófocles

3402 FABRICA DE SUEÑOS
Waldo Chávez Velasco

3403 ROMEO Y JULIETA
William Shakespeare

3404 OLLANTAY
Anónimo

3501 EL MINIMUM VITAL
Alberto Masferrer

3502 EL DINERO MALDITO
Alberto Masferrer

3503 LEER Y ESCRIBIR
Alberto Masferrer

3504 ENSAYO SOBRE EL DESENVOLVIMIENTO
POLITICO DE EL SALVADOR
LA NUEVA CENTRO AMERICA
Alberto Masferrer

3601 CONSTITUCION DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR
(y sus Reformas)

4. COLECCION MANANTIAL

4201 LAS PROFECIAS DE ADAN CANGREJO
Crónicas Auténticas Del Pueblo Más Lindo Del Mundo
José Rutilio Quezada

4301 LO QUE DICE EL RIO LEMPA
Ricardo Lindo

5. COLECCION BORLITA

5101 CRISTALES DE COLORES
Berta Funes Peraza

5301 LOS CUENTOS DE TIO CONEJO
Gelio Tomás Guzmán

6. COLECCION ANTOLOGIAS

6101 DESDE QUE EL ALBA QUISO...
Poemas en torno a la Madre y a la Familia

7. UNIVERSO PLURAL

7101 RETAZOS
Carlos Pohl

Impreso en El Salvador por
IMPRENTA Y OFFSET RICALDONE

PARA EDITORIAL CLASICOS ROXSIL
Edición 4000 ejemplares
Diciembre 1996